

EXTRAÑOS EN LA TIERRA

Marcus Sidereo

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO

EXTRAÑOS EN LA TIERRA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 360
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

355. — Nido de monstruos - *Kelliom McIntire.*
356. —El enigma de Airón - *A l f Regaldie.*
357. — Surgieron de las profundidades - *A. Thorken.*
358. —La reina del Sistema Uta - *Joseph Berna.*
359. —¡Abajo los robots! - *Glenn Parrish.*

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 20.610 - 1977 impreso en España - Printed in Spain
1.a edición: julio, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva,
2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
Parets del Vallés (N-152, Km
21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

El vagabundo miró con ojos atónitos lo que estaba presenciando. Todo ocurrió en un segundo y en el rostro del viejo correcaminos se dibujó el estupor y la sorpresa, mezclados con el horror y el pánico.

—¡Dios mío! — exclamó. Y en seguida huyó de aquel abandonado lugar de la periferia.

Cuando consiguió llamar por teléfono desde un bar en el que tenía un cierto crédito habían transcurrido unos cinco o seis minutos.

Luego pidió bebida. En cantidad. Necesitaba beber. Beber mucho para olvidar lo que había visto.

Y por una vez pagó. No le importaba gastarse los últimos centavos. Pagó sin dar explicaciones porque era incapaz de articular palabra alguna. Lo mismo que cuando llamó por teléfono que apenas pudo decir:

—Un accidente... Un horrible accidente. —Y dio las señas...

Después...

Después escuchó el ulular de la sirena de la ambulancia y ya no quiso saber nada más. Salió tambaleándose de la lejana taberna.

Se hallaba en mejor situación para hablar, pero... ¿Por qué hacerlo? ¿Por qué dar explicaciones?

—¿Quién iba a creerlo? — comentó medio borracho. Y añadió:

—¡Bah! Debo haberlo soñado.

Pero la sirena de la ambulancia parecía contradecirle. Y la vio. Vio el vehículo a lo lejos, imaginándole portador del hombre gravemente herido. Muerto quizá...

Y el viejo no se equivocaba.

Dentro de la ambulancia un par de sanitarios trataban ya en ruta de hacer reaccionar al herido que transportaban.

Era un hombre joven que vestía un pantalón y un jersey gris de cuello alto. Nada más. Quizá no llegaba a los treinta años, era imposible definirle. Parecía un ser normal. No tenía ninguna herida visible. Sin duda sufría una fuerte contusión.

Uno de los practicantes titulados se puso en contacto directo con el hospital general:

—Preparen el quirófano. Fuerte conmoción con posible rotura base craneana.

—¿Han probado el Vector? — repuso la voz del hospital.
—Sí. Es un caso extraño. No reacciona.
—¿Vive? — preguntó la voz a través de la radio.
—Sí. Vive. Su pulso es absolutamente normal, pero insisto, no reacciona. Debe tratarse de un *shock.*
—¿Qué hay de su aspecto?
Los dos sanitarios cambiaron una mirada de incertidumbre. Al fin el que llevaba la voz en conexión directa con el hospital respondió:
—Todo parece normal. Se diría que simplemente está dormido. Tiene un aspecto de... cansado tal vez. No se me ocurre nada mejor para definirlo.
Y el hombre vestido de gris permanecía inmóvil, pero su corazón latía con perfecta normalidad.

*

*

*

El profesor Lester examinó en solitario la primera prueba radiográfica y se mostró perplejo:

—Esto no es posible... Repitan las radiografías.

Uno de sus ayudantes, el doctor Brotan tomó la radiografía y tras examinarla murmuró:

—No se ve nada. Parece velada.

—Sí. Eso debe ser. ¿Está preparado el paciente? —preguntó Lester.

—Sí, doctor. Y. sigue inconsciente.

Todo estaba a punto para una posible operación, pero era necesario saber por dónde atacar el mal.

La enfermera salió un momento del quirófano para pasar a la sala contigua mientras los expertos intentaban sacar una nueva radiografía.

—Esto es urgente — dijo el ayudante Brotan.

Tras las radiografías, Brotan se quedó unos instantes contemplando el inmóvil cuerpo del paciente.

Sus ropas —el pantalón y el jersey gris —estaban tiradas sobre un taburete. Se hallaba desnudo bajo el lienzo que cubría su cuerpo.

El profesor Lester en la antesala se estaba lavando las manos para proceder a la intervención a que hubiera lugar.

Brotan, distraído no advirtió como el enfermo comenzaba a moverse lentamente. Brotan preparaba el instrumental de manera rutinaria.

El padre abrió los ojos y miró en derredor. Al intentar accionar los brazos se vio impedido por las correas que le sujetaban a la mesa de operaciones.

El ayudante Brotan seguía distraído examinando el instrumental.

Por eso tampoco pudo ver cómo el paciente, de una forma nada espectacular se deshacía de las ataduras, rompiéndolas como si en vez de cuero se tratara de simples tiras de papel. Al fin se incorporó.

Brotan se volvió súbitamente y quedó pasmado al ver al hombre que saltaba libremente de la mesa de operaciones.

—¡Eh! Pero... ¿Qué hace usted? —Era una pregunta estúpida, pero en aquellos momentos no se le ocurrió ninguna mejor.

El seudo-paciente se incorporó desnudo, mostrando un cuerpo atlético, fuerte, perfectamente formado, y empezó a buscar sus ropas.

—¡Oiga! Estese quieto. Estamos intentando...—empezó Brotan. Pero el paciente tenía ya las ropas en sus manos.

—¿Dónde está mi «controller»? — inquirió con voz grave al tiempo que miraba en derredor.

—Le digo que no puede moverse. Ha sufrido un accidente. Está en el Hospital General.

El paciente encontró lo que buscaba debajo del jersey. Era un pequeño aparato, algo parecido a un magnetófono en miniatura que no abultaba en absoluto en su bolsillo.

Entretanto, el profesor Lester recibía las radiografías que los técnicos acababan de llevarle en la antesala. Uno de los hombres expresó su contrariedad.

—Es incomprensible. Han salido como veladas. Que nosotros sepamos no hay ninguna avería. Hemos pasado el día haciendo radiografías y todas han salido correctas.

En el quirófano se escuchó un golpe seguido de un grito, o tal vez fue a la inversa. Lester se revolvió y en sus labios se formuló una lógica pregunta:

—¿Qué pasa ahí?

Cuando seguido de los dos hombres de las radiografías entró en el quirófano encontró sólo el cuerpo de su ayudante Brotan tendido en el suelo y nadie más.

El paciente había desaparecido.

CAPITULO
II

El diagnóstico para el doctor Lester era absolutamente claro:

—Está muerto. Brotan ha muerto... — murmuró.

La búsqueda del paciente por todo el hospital fue del todo inútil.

Había desaparecido.

—Ha huido por ahí — dijo alguien indicando una puerta del quirófano que comunicaba con el departamento de los lavabos del que a su vez se podía salir a otro lado del corredor.

—¡Busquen a ese hombre!-^fue la orden.

Se referían al paciente, que movilizó a todo el personal, incluidas las fuerzas del orden de la ciudad.

Todo fue en vano. El extraño paciente había desaparecido por completo.

Se dio su descripción, pero ninguna enfermera, ningún sanitario, ni siquiera las recepcionistas de la puerta principal habían visto salir al hombre que un cuarto de hora antes había llegado en una ambulancia, inconsciente, al hospital.

*
*
*

—No hay duda de que es el causante de la muerte de Brotan — dijo el profesor Lester.

—Sin embargo — apuntó el detective Tipps—. No muestra ninguna herida.

—Ya me he dado cuenta. Espero el resultado de las radiografías. Parece que nuestro aparato tiene algún problema...—murmuró el profesor.

Las radiografías, sin embargo, mostraron un esqueleto en perfectas condiciones. Ni un golpe, ni una sola herida interna, pero la verdad resultaba incuestionable: Brotan estaba muerto.

—La autopsia nos aclarará las causas —dijo Lester después de examinar las radiografías—. Pero es necesario que encuentren a ese hombre.

—Por supuesto. Pero no olvide que hay más de doce millones de seres en esta ciudad. La descripción que me ha dado del accidentado es muy vaga. Pantalón y jersey gris. Facciones corrientes. ¿Cuántos millones responden a estas características?

—Esto es cosa suya, señor —espetó el doctor,

—Bien. Necesito leer el informe del accidente. ¿Dónde ha ocurrido? Deme detalles. A Tipps le fue mostrada la hoja de entrada del accidentado.

Leyó y hablando consigo mismo murmuró ante su ayudante:

—Sin documentación. Sólo llevaba consigo un objeto parecido a una radio. Empezamos bien... Ni siquiera hay referencias del accidente.

—¿Dónde ocurrió? — inquirió el ayudante.

—En el descampado de Yellow. No existe en la periferia un lugar más solitario.

—Pero ¿qué clase de accidente fue?

—Sólo se te ocurren preguntas lógicas, Mike... Aquí no dice nada. Se recibió una llamada telefónica desde una taberna llamada Flower's a un kilómetro del lugar de donde recogieron al individuo «gris».

—¿Esto es todo, Tipps?

—Esto es todo, Mike. Con menos hemos empezado a veces. Andando. Vayamos a esa taberna. Aunque no creo que sirva de mucho, pero por algún sitio hay que empezar.

*
*
*

—¿Un accidente? Pues no sé nada... Bueno... Hace como cosa de una hora o poco más que un vagabundo borracho hizo una llamada telefónica...

—¿Pero no le dijo dónde llamaba? No parece frecuenté que un vagabundo haga llamadas... ¿Cómo se llama ese vagabundo?

—Fay o Fatty. . No estoy seguro. Viene de tanto en tanto. Pide fiado un vaso de vino que nunca paga y después se larga... Bueno, hoy ha sido un día especial.

—¿Por qué? — inquirió el detective—. ¿A qué se refiere al decir que ha sido un día especial?

—Me refiero a ese individuo. A Fay o Fatty. Ha bebido más de lo normal, pero ha pagado.

—Será porque tendría dinero.

—Eso seguro, pero venía como alucinado... No sé cómo explicárselo.

—Podía ser el hombre que acababa de presenciar un accidente.

—¿Un accidente por aquí? Si ya no pasa casi nadie. Mi clientela procede de las chozas cercanas. Nadie viene con vehículo por estos contornos. Después de lo de la contaminación se ha convertido en un lugar maldito. Lo que ocurre es que uno es viejo y ya no tiene ambiciones... En fin. No puedo decirle nada más sobre el vagabundo. Ni siquiera sé cuándo volverá.

—Sin embargo, ese vagabundo — insistió el detective Tipps — informó de un accidente. De eso no cabe duda. Ocurrió cerca de un kilómetro de aquí. Fue hallado en estado inconsciente un hombre vestido de gris.

El tabernero se encogió de hombros. No sabía nada de nada.

*

*

*

Su nombre era Wardo. Vestía pantalón gris y jersey de cuello alto del mismo color.

Se hallaba muy cerca del hospital. Había llegado hasta el callejón que conducía el semisótano del edificio y no le fue difícil penetrar en el interior.

El hombre se movía con paso ligero, más que andar parecía deslizarse sobre las baldosas del recinto. Sus ojos y oídos parecían captar más allá de las grises paredes que le rodeaban.

Anduvo por varios corredores hasta encontrar lo que buscaba: el depósito de cadáveres que aguardaban el turno para serles practicada la autopsia.

No había absolutamente nadie. Sólo él.

Con cuidado descubrió uno de los cuerpos cubiertos con un lienzo.

*

*

*

Entretanto, el profesor Lester procedía a realizar la autopsia de su ayudante Brotan. En

aquellos instantes, para el insigne cirujano, aquella muerte era lo más importante.

Dos colegas estaban presentes cuando el bisturí de Lester comenzó a abrir el cuerpo del fallecido.

*

*

*

Wardo seguía ante el cadáver que había descubierto. Pertenecía a una joven de veintitantos años. Había sufrido una intervención quirúrgica a juzgar por la marca del cosido electrónico que podía verse en el vientre sobre el pubis.

El hombre de la vestimenta gris, sacó de su bolsillo el diminuto aparato que llevaba consigo y realizó algunas manipulaciones haciendo que un ojo electrónico se pusiera en funcionamiento.

El aparato vibró y emitió un zumbido. Wardo pronunció unas palabras en un idioma extraño, mientras observaba la etiqueta que colgaba de la cabecera de la fría mesa donde podía leerse. Lorna Pleasence...

El ojo luminoso del pequeño artefacto de Wardo alcanzó una luminosidad de extraordinaria potencia. El zumbido se hizo más persistente y el impenetrable rostro del misterioso accidentado pareció iluminarse fugazmente con una sonrisa.

Transcurrieron unos pocos segundos. Muy pocos. Un ruido metálico de pasos anunció la proximidad de alguien.

Wardo esperó hasta el último instante antes de desaparecer del tétrico lugar.

El hermano del doctor Brotan, perteneciente al Cuerpo Diplomático, no estaba haciendo precisamente honor a lo que se supone de una persona con tal cargo. La presunta serenidad se había revuelto presentando el reverso de la medalla del hombre ponderado y calculador de sus palabras.

Herbert Brotan, el diplomático, con la furia desatada en su semblante pedía responsabilidades.

—¿Qué clase de hospital es éste, profesor Lester? Mi hermano ha sido asesinado en sus propias narices... ¿Cuáles son las precauciones que toman para averiguar quiénes son los pacientes? Esto es un acto premeditado. Está bien claro. Un falso paciente que llega con el solo propósito de asesinar...

—Cálmese, Herbert. Usted sabe cómo apreciaba yo a su hermano. Se había convertido en algo más que una promesa en cirugía. Usted es su hermano, pero esa muerte le aseguro que la lamento tanto como usted. Por lo demás... puedo asegurarle que el paciente llegó aquí totalmente inconsciente, víctima de un *shock.*

—Eso es imposible. Según me han dicho no había nadie más en el quirófano. Tuvo que matarle el presunto enfermo... ¿Y cree usted que estaba de veras inconsciente?

—Puedo afirmarlo. Es un caso extraño, lo confieso, pero pronto sabremos la causa de su muerte.

—¡Esto no va a devolverle la vida, profesor! Exijo la inmediata detención del asesino.

—Ya se están ocupando de ello, Herbert.

En ese instante un despavorido sanitario entró sin llamar, excusándose torpemente:

—Pe... perdón — tartamudeó.

—¿Qué pasa, Peers? — inquirió el profesor.

—La 113... La señorita Lorna Pleasence...—El sanitario seguía sin lograr coordinar sus propias palabras.

—¿Lorna Pleasence? Murió esta tarde. ¿Qué es lo que ocurre?

Extremadamente lívido el hombre replicó:

—Sa... Salga, profesor. Se lo ruego.

—Pero ¿qué es lo que sucede?

—Salga... —Y entreabrió la puerta mostrando el exterior del quirófano.

En ese momento fueron los ojos del profesor los que se dilataron al máximo. Porque allí afuera, en pie, con una extraña sonrisa en su

bonito rostro, se hallaba Lorna Pleasence. Viva. Absolutamente viva.

*
*
*

Todo estaba ocurriendo con una velocidad vertiginosa. Los acontecimientos se sucedían sin tregua. Y Lester escuchaba ahora las palabras de la «resucitada» Lorna.

—Sé que al abrir los ojos ante mí estaba un hombre... No sabría cómo describirle. Desapareció en seguida... cuando llegaron los demás...

—¿Cómo era ese hombre? Haga un esfuerzo — pidió Lester desconcertado.

—Ya le digo que no lo sé, pero le conocería entre un millón si le viera... Profesor. Dígame lo que me ha ocurrido... Yo... Yo estaba en el depósito de cadáveres. Lo sé.
¡Estaba muerta! Ustedes me dieron por muerta...

—¡Dios mío! Es como para volverse loco. Yo mismo firmé el certificado. Usted estaba clínicamente muerta. Perdone, Lorna... Ahora es cuando necesito encontrar a ese hombre.

Dejó a la muchacha para dirigirse a su despacho, pero algo le hizo detenerse al pasar ante el quirófano donde había dejado a Brotan abierto en canal para estudiar las causas de su extraña muerte.

Fue algo impreciso que le hizo detenerse bruscamente.

La puerta estaba entreabierta. Herbert se había marchado lanzando juramentos y asegurando mover todas sus influencias para dar con el asesino.

Lester se acercó lentamente. Abrió la puerta y ante él, junto al cadáver de su ayudante se hallaba el hombre que vestía de gris: Wardo.

—Usted... — musitó — ¿Quién... es usted? — preguntó tras una pausa, mientras
Wardo observaba el cuerpo de Brotan.

Tras un breve silencio Wardo respondió:

—¿Qué ha hecho con ese hombre?

—¿Qué...?

—Le ha matado usted profesor. Le ha quitado la vida, profesor... He oído que le llamaban profesor... ¡Oh! No debió hacer esto... Ese hombre — y señaló el cadáver — estaba vivo. No tenía nada.

Lester había quedado sin habla.

—Tuve... tuve que empujarle porque no me dejaba salir... Y yo tenía algo importante que hacer.

—Pero usted...

—Yo sólo le empujé. Después comprendí lo que iba a ocurrir y por eso volví, pero es demasiado tarde. Se ha precipitado usted, profesor. Lo siento. Veo que he llegado demasiado tarde.

Y Wardo sin esperar respuesta se dirigió presto hacia la puerta.

—¡No! No se vaya. ¡Espere!—gritó Lester tratando de impedir la marcha del desconocido.

—Lo siento — repuso Wardo desde la puerta—. Yo ya no puedo hacer nada aquí.

Wardo desapareció de la estancia y cuando Lester salió precipitadamente ya no halló el menor rastro del enigmático hombre vestido de gris.

El jefe del detective Tipps recibió la llamada personal del profesor Lester.

—¿Lo ha entendido, verdad? — insistió el médico —. Ahora más que nunca necesito que encuentren a ese hombre, pero por favor... no disparen contra él. No le maten. Le necesito vivo. Es muy importante.

El jefe advirtió.

—Herbert Brotan ha estado aquí hace un momento.
El parece que no es de la misma opinión. Dice que ese hombre mató a su hermano.

—Creo que existe una confusión. Todo se aclarará cuando ese individuo sea hallado. No es un asesino. Estoy seguro de que no lo es —aseguró Lester.

Wardo andaba mezclado entre la gente, en medio de una calle repleta, bañada por la luz de los luminosos anunciantes de productos a cual más milagroso.

Vitaminas, bebidas exóticas, espectáculos, advertencias, emisiones televisivas, y todo lo imaginable surgía reflejado en destellos de luz que caldeaban el ambiente invernal de la fría calle en medio del inusitado tránsito-

Wardo seguía a buen ritmo mirando a diestra y siniestra sin importarle en absoluto todo cuanto le rodeaba.

Gente vociferante, anunciadores de espectáculos superporno. Mujeres desnudas que servían de reclamo para que los curiosos satisfacieran sus deseos en el interior del local.

Ruido, músicas de todas clases y gente, mucha gente, formando todo ello un conjunto heterogéneo que a Wardo no parecía extrañar.

El andaba en medio buscando. Buscando algo.

Llegó al fin a una zona tranquila. La oscuridad pareció ofrecerle una mayor placidez.

Se apoyó en una pared *y* en medio del silencio que contrastaba con el anterior bullicio vivido, un zumbido llegado de la lejanía le puso en guardia.

El zumbido fue acrecentando su intermitente «bip», «bip», «bip», y Wardo sacó de su bolsillo el diminuto artefacto del ojo electrónico que manejó para anular aquella señal hasta oír lo que esperaba.

Una voz.

Una voz que parecía surgir de un lugar próximo y que llegaba hasta él con absoluta nitidez.

Una voz grave como la suya, clara y concisa. Una voz que decía:

—Has cometido un error, Wardo. Estás a tiempo de subsanarlo.

—Es inútil que insistas, Blimp — repuso él y cualquiera que le hubiese oído habría pensado que estaba hablando solo.

—Soy tu «Tutelar», Wardo — añadió la voz—. Trato de protegerte. Insisto, aún estás a tiempo de rectificar. Ve a la base «A». Tendrás un vehículo a tu disposición para regresar.

—Sabes que no lo haré, Blimp. Lo sabes — repuso Wardo con absoluta firmeza.

—Es un error que puede costarte muy caro.

—No me importa el precio. Sabes perfectamente lo que he venido a buscar en este planeta.

—La Tierra no es lugar más adecuado para ti. Aquí sólo mandamos a los que infringen nuestras leyes.

—Roya no infringió ninguna ley. Fueron demasiado severos al juzgarla Tiene derecho a ser oída de nuevo... Por eso estoy aquí, para encontrarla.

—Será inútil, Wardo, Ese es un planeta muy grande, no podrás hallarla.

—Claro que podré.

—No fíes en tu detector, Wardo. Ella ha perdido todo su poder. No podrás averiguar dónde está. No podrás hacerlo por los «medios habituales».

—No me importa. Dispongo de todo el tiempo que haga falta para hallarla.

—Eres testarudo, Wardo. Tú también perderás el poder que ahora posees sobre los terrícolas.

—No harás eso conmigo...

—Tengo que hacerlo. Son las normas. Nadie puede violarlas y tú lo sabes... Aunque encontraras a Roya no podrás regresar con ella. Te lo advierto. No lo intentes... Y hazme caso. Ve a la base «A» y regresa con el vehículo que vendrá a por ti. Nadie te pedirá responsabilidades por tu comportamiento.

—Blimp... Nos preciamos de ser seres libres, pero no lo somos. Yo no quiero someterme a vuestras arbitrariedades... Si no puedo regresar con Roya no me importa, me quedaré a vivir aquí o en cualquier parte, pero con ella. La quiero, Blimp. La quiero. Es mía. Por eso estoy en la Tierra, para encontrarla. Y lo conseguiré...

—Está bien, Wardo. Te hablaré en lenguaje terrícola. El vehículo te esperará dos días. Cuando en ese planeta llegue la medianoche del segundo día habrás perdido tu última oportunidad y con ella desaparecerá todo tu poder. Tu «controller» será sólo un objeto inútil y descenderá tu grado de inteligencia. Serás un terrícola más y tendrás que vértelas con un mundo que no es el tuyo. Un mundo infinitamente cruel. El Infierno. Piénsalo, Wardo.

La voz enmudeció.

El ojo electrónico del aparato quedó a oscuras y Wardo guardó el diminuto artefacto en su bolsillo, mientras sus ojos brillantes y profundos parecían taladrar la oscuridad del callejón donde se encontraba.

Su mente irradiaba invisibles ondas en busca de alguien que pudiera recogerlas. Pero era inútil y Wardo interiormente gritaba:

—¡Roya! ¡Roya! ¿Dónde estás? Es cierto que no puedes contactar conmigo. Es cierto que has perdido tu poder... ¡Oh, Roya! Cometieron una injusticia contigo, pero yo te encontraré... No puedes quedarte sola en ese extraño y estúpido planeta... No puedo dejarte en el infierno.. No puedo dejarte sola aquí.

*

*

*

—Ni rastro — explicaba el detective Tipps—. En el lugar donde recogieron el cuerpo de ese individuo no hay la menor huella de accidente alguno.

—Sin embargo, el informe de los sanitarios de la

ambulancia señalan ese punto. El detective Tipps sonrió.

—Es el lugar exacto que según parece comunicó cierto vagabundo — dijo.

—Es necesario localizar a ese vagabundo — repuso el superior de Tipps.

—¿Cree que servirá de algo? Mire, capitán, el lugar existe y coincide con las señas donde la ambulancia recogió al herido. Todo concuerda. Todo. Excepto las huellas.

—¿No pensará usted que ese hombre cayó del cielo? Se le recogió y se le trasladó al hospital. Y allí mató a un médico...

Fue en ese momento cuando sonó el teléfono. Al otro lado del hilo surgió la agitada voz del profesor Lester:

—Por favor, intenten encontrar a ese hombre... Pero les ruego que no le causen el

menor daño... Bueno. Creo que sería inútil de todos modos, pero por si acaso, no quiero agresiones. Traten de persuadirle para que se entreviste conmigo.

El capitán parecía no haber entendido bien.

—¿Por qué ese interés, profesor Lester? Ha matado a uno de sus ayudantes.

—No. Yo le he matado. Es un error. Me hago enteramente responsable...

—No le comprendo...

—Sería difícil de explicar. Carezco de detalles... Por favor, les pido únicamente que traten de localizarle, pero sin intentar hacerle el menor daño. ¿Queda claro?

—Sí, por supuesto, profesor. Pero el hermano de su ayudante...

—¡Oh, por favor! — insistió Lester—, Aquí existe un error. No es fácil de explicar. Lo importante es hallar a ese hombre, sano y salvo...

El capitán colgó el teléfono lanzando un bufido.

—No entiendo una palabra. Primero parece ser que el misterioso individuo es un asesino evadido del hospital en el momento en que se le iba a atender y de pronto Lester le quiere vivo y sin el menor daño.

Tipps sonrió tristemente.

—¿No le ha dicho el profesor dónde debemos buscar a ese personaje?

—Ese es trabajo suyo. Encuéntrelo. Yo entretanto comunicaré con el hermano de Brotan. Aquí hay algo que no me gusta. No sé lo que es exactamente. Pero no me gusta.

Menos le gustaba al detective Tipps, porque buscar aquel individuo en medio de una gran ciudad era tanto como buscar una pulga en una montaña de paja. Sólo cabía la suerte de que la pulga saltase de pronto y poderla atrapar al vuelo.

Claro que Wardo no era precisamente una pulga.

CAPITULO V

Wardo se había sumergido de nuevo en la vorágine de la ciudad. Era un ser más entre la multitud que pasaba del todo inadvertido.

Un hombre más en la gran ciudad de la Tierra. Un hombre buscado intensamente, a quien sólo guiaba un único y primordial pensamiento que era su única razón de estar entre seres físicamente iguales a él, pero muy distintos en la realidad.

Con su diminuto aparato entre las manos pulsaba constantemente sin perder la calma. Nadie se fijaba en el movimiento de sus labios porque más que una llamada oral era un grito que surgía de su pensamiento:

—Roya, Roya — repetía — Tengo que encontrarte, Roya. Haz un esfuerzo. Sabes que

jamás te dejaré sola en este mundo extraño.

Cruzaba por puestos de periódicos que hablaban de sangrientas luchas en diferentes lugares del planeta.

El titular de un diario vespertino anunciaba:

«INMINENTE GUERRA»

No importaba dónde iba a producirse la contienda, pero dos naciones estaban dispuestas a matarse entre sí en disputa de Dios sabe qué intereses.

Todo aquello iba penetrando en la mente de Wardo, que leía sin mirar, que veía todo sin fijarse en nada en concreto.

Se detuvo ante el escaparate de un cabaret donde se anunciaban las más audaces exhibiciones de ambos sexos.

Vea los números eróticos que jamás haya podido imaginar. No se pierda el espectáculo.

Le llamó la atención una fotografía. Era el rostro de una muchacha joven, veinteañera, perfectamente proporcionada. Se fijó de pasada en el resto del femenino cuerpo, completamente desnudo, y seguidamente hizo un gesto negativo con la cabeza. Por un instante le había parecido ver la imagen de Roya.

No. En ninguna de las fotografías publicitarias había ninguna hembra que fuera la que él buscaba.

Y de nuevo la voz que sólo él podía oír le intimidó:

—Tu búsqueda será inútil, Wardo. Hazme caso. Mi obligación es protegerte hasta allá donde me sea posible.

—Déjame en paz. Sabes perfectamente que no desistiré de mi

empeño — respondió el hombre gravemente.

—Tengo que recordártelo una vez más, Wardo. A la medianoche del segundo día. Será mañana. Si pierdes tu nave, nadie podrá salvarte.

—Gracias por recordármelo, Blimp. Regresaré con ella o no volveréis a verme. Soy consciente de mis actos.

—Pobre Wardo. Te has dejado embaucar por quien no lo merece.

—Roya me pertenece, y fue echada injustamente. Tiene derecho a... La grave y metálica voz de Blimp fue tajante:

—Roya jamás será escuchada. Fue condenada de acuerdo con nuestras leyes. Aunque

consiguieras encontrarla jamás podrías introducirla en Venur. Ahora ya sabes que lo que persigues es inútil.

—No puedes hablar así. Roya es inocente.

—Lo siento, Wardo. Ve mañana a la base «A». Esta es mi última advertencia...

*

*

*

La vorágine había descendido, las calles ahora se hallaban casi desiertas. La suave brisa arrastraba papeles y desperdicios llevándolos en cortos revoloteos de un lado a otro.

Las luces de cabarets y lagares de recreo estaban apagadas en su mayoría. Los últimos espectáculos habían concluido. Pronto amanecería.

Wardo acabó sentándose en el banco de un inmenso y solitario parque a cuyos lejanos límites podía ver los elevados edificios de piedra gris, de cemento o aluminio, enormes moles silenciosas.

El —Wardo—, sabía que en algún lugar de aquella ciudad estaba la persona que buscaba: Roya.

Y recordó brevemente la historia de su castigo y subsiguiente expulsión. Ocurrió en...

*

* * Ocurrió en Venur.

Venur era el lugar donde jamás podía ocurrir nada anormal. Todo estaba previsto y mecanizado. La perfección de la técnica había llegado a grados que en ningún planeta podían sospechar.

La vida monótona de todos los días, no era óbice para que sus ciudadanos vivieran felices en medio de la anodina paz, del «tenerlo» todo resuelto, de no existir problemas.

Pero en Venur no existía oficialmente el error. No podía existir, porque todo era matemáticamente perfecto. Los seres —auténticas máquinas vivientes —, eran sometidos a periódicas revisiones para determinar su estado. El más leve fallo era detectado por poderosas máquinas que subsanaban de inmediato el leve desperfecto.

Pero tales máquinas no podían influir en el espíritu, y cuando alguien se resistía a la voluntad mecánica del cerebro que regía los destinos era juzgado y castigado *ipso facto.* La expulsión era el

resultado.

—El Estado Soberano de Venur y su cabeza regente te condena al Infierno —
pronunciaba una especie de Juez extrañamente togado de material plateado.

Roya fue juzgada y condenada.

¿Cuál había sido su delito?

—Su espíritu le impulsa a buscar nuevos horizontes. Quiere pertenecer a las fuerzas de exploración. —La defendió el propio Wardo cuando tras el reconocimiento de la máquina fue requerida a procesamiento.

—Ella tiene su misión aquí. No puede elegir — replicó el togado acusador en representación del cerebro que había atribuido a la muchacha su rebeldía de espíritu.

—Pero en nombre de la libertad, es por tanto libre de elegir su destino — porfió

Wardo.

—No es apta para expediciones de esa índole, debe proseguir en la fábrica de laminado.

Intervino la acusada contraviniendo con ello las severas órdenes; el acusado jamás podía hablar:

—Pido disculpas por mi rebelión interna. Fue algo inevitable. Más fuerte que yo. Estoy dispuesta a continuar con mi misión...

El presidente se puso en pie cual si hubiese sido fulminado por un rayo.

—¡Has osado interrumpir tu juicio!

—Señor — intervino Wardo, suplicante—. Ella ha expresado libremente su opinión. La habéis oído. Continuará en la fábrica.

—¡No! — La negativa provino del togado, llamésmosle fiscal—. Ya es demasiado tarde. Su espíritu, y ella misma acaba de confesarlo, se rebeló.

—Fue a pesar suyo. ¡No pueden controlarse los sentimientos! — espetó Wardo comprendiendo que las cosas iban de mal en peor para su defendida.

—Roya es un producto defectuoso atentatorio para nuestra normal convivencia — repuso el Presidente sentándose de nuevo.

La sentencia era la, por todos esperada, el destierro. El «Infierno» — lo llamaban los venursianos.

Inútil fueron las protestas de Wardo pidiendo una revisión de los sistemas penales:

—Es necesario que los reos puedan ser escuchados. ¡Al diablo las normas! Roya no ha hecho nada. Es sumisa y está dispuesta a seguir en su puesto. ¡Ha pedido disculpas!

De nada sirvieron las protestas de Wardo.

Como defensor fue custodiado para que no pudiera ya proteger a la condenada.

Y Roya conducida a un bólido teledirigido, fue enviada al «Infierno». El infierno de Roya era el planeta «Tierra».

Una vez llegada allí, tenía un tiempo limitado para salir a la superficie antes de que el bólido se autodestruyera.

Wardo no se resignó.

Wardo quería a Roya. La amaba con todo su corazón y no deseaba perderla. Por su cargo dentro de la sociedad habló con Blimp.

—Iré en su busca — aseguró.

—Está prohibido — aplicó Blimp tajante.

Pero Wardo estaba decidido y con el amor por delante no le importaban en absoluto las leyes.

A la segunda noche tomó el primer bólido que pudo conseguir. Era una de las pequeñas naves que se auto- destruían. No pudo lograr nada mejor.

—¡No!—le advirtió Blimp cuando ya él había despegado del planeta.

Pero nada ni nadie podían volverle atrás de su decisión. Y así Wardo llegó al planeta Tierra.

Su impaciencia originó una falsa maniobra de la que salió lesionado.

La nave se autodestruyó convirtiéndose en «nada». Wardo había sido recogido en aquel descampado solitario llamado Yellow, porque un vagabundo atónito había sido testigo de lo que creía fruto de su borrachera, sólo que en aquel instante el vagabundo estaba

sereno.

Y ésa era la historia.

CAPITULO
VI

Y ahora, Wardo, sentado en el inmenso parque mientras el azul de la noche rompía su color para dar al despuntar del alba, comprendía lo difícil que sería para él encontrar a Roya en una ciudad inmensa como aquélla sin poder detectar su onda porque la muchacha
—Roya — había sido desposeída del control de que disponían todos los habitantes de su
planeta.

—Una fábrica de laminado — dijo de pronto el venursiano—. Tiene que trabajar para
.mantenerse, por tanto habrá buscado trabajo en una fábrica de laminado.

Era aún demasiado temprano para reemprender la búsqueda.

No obstante conectó de nuevo su control. Un dispositivo le orientó sobre el emplazamiento de las fábricas que le interesaban.

Cuando los obreros comenzaban a entrar en las grandes factorías, Wardo estaba ya
preguntando.

—Roya. Busco a una muchacha llamada Roya.

Especialista en laminados... Comenzaron las negativas.

—No. No hay nadie con ese nombre.

Entró en docenas de despachos donde fueron consultadas a través de enormes computadoras las listas del personal.

—No existe el nombre de Roya — fue casi siempre la respuesta que obtuvo.

—No. No es aquí.

—Lo siento. No tenemos a nadie con las señas que describe. Factorías grandes y pequeños talleres fueron detectados por Wardo. La respuesta fue idéntica en todos lados.

—No. No. No.

Así transcurrió casi toda la mañana.

Fue en su último desplazamiento cuando ocurrió el percance. Hasta entonces se había colado en todos los medios de locomoción a su alcance sin abonar el importe perceptivo por carecer de la moneda usada en el planeta, pero ya a mediodía, un empleado advirtió como intentaba colarse en uno de los vagones del monorraíl:

—¡Eh, usted! ¿Dónde tiene su billete?

—¡Oh, lo siento! El caso es que no puedo... No dispongo de...
—¿Conque quería viajar gratis? ¿Sabe que esto es una estafa?
—Lo siento, no pretendía...
—Acompáñeme. La policía sabe cómo tratar a los tipos como usted.
—Escuche. Tengo prisa. Puedo ofrecerle algo.
Urgó en sus bolsillos. Extrajo una bolsa de un material parecido a alumino flexible y sacó una bola redonda. Parecía una piedra modelada.
—¿Trata de burlarse de mí? — respondió el empleado.
—Le advierto que tiene un gran valor.
El empleado no quiso saber nada y trató de hacerle salir a la fuerza. Para ello le cogió del brazo para llevarlo al interior de la estación.
—Déjeme, se lo ruego — pidió cortésmente el venursiano.

—No intente escapar. Conozco
a los tipos como usted.
Un par de policías salían del recinto. Y Wardo pensó que aquello representaría para él una considerable pérdida de tiempo por lo que con extraordinaria habilidad se desprendió del empleado.
—
Lo
siento
—
exclamó.
Su aprehensor se vio en el suelo sin darse
cuenta y empezó a chillar.
—¡Deténgalo!
¡A él! ¡Es un
estafador!
Los dos agentes de la autoridad le dieron e! alto, mientras Wardo había echado a correr a fin de no ser alcanzado.
Uno de los agentes desenfundó
su arma reglamentaria.
—
¡Deténgase
o
disparo!
Wardo corría mucho, demasiado para aquel par de
agentes que iban tras él. El del revólver disparó.
Wardo fue alcanzado en alguna parte, acusó el impacto,
pero continuó corriendo.
Un segundo disparo en
plena espalda le derribó.
—¡Ya le
tenemos! —
gritó el agente.
Los dos policías junto al empleado
corrieron hacia el caído.
Wardo a duras penas había conseguido incorporarse y sus tres perseguidores pudieron ver bien claramente el impacto de la bala en mitad de la espalda.
—¡Cielos! — gritó uno —. La bala ha tenido
que darle en el corazón...
La proximidad de los agentes hizo reaccionar al herido que de nuevo reemprendió la huida.
Un automóvil cercano fue su tabla de salvación. Estaba cerrado, pero con su diminuto

«controller» abrió la puerta. Tampoco necesitó de ningún contacto para ponerlo en marcha, aunque posteriormente se aferró al volante desapareciendo a toda la velocidad que el vehículo le permitía.

Los policías atónitos tardaron en reaccionar.

En aquel instante un auto conducido por Tipps y su ayudante llegaron a la estación.

El detective Tipps que no había abandonado la búsqueda del desconocido fue informado de lo ocurrido.

—¡Descríbanme a ese hombre! —pidió.

Cuando uno de los agentes le hubo complacido, Tipps exclamó.

—Podría ser al sujeto que buscamos. ¿Dice que le han herido?

—Señor... — exclamó el autor de los disparos—, lleva un agujero en la espalda. Yo creo que debería estar muerto y sin embargo huyó... No me lo explico. — Y miró su pistola caliente aún por los recientes disparos.

Tipps no quiso oír más.

—¡Vamos! —dijo a su ayudante—. ¿Qué dirección ha tomado?

El empleado, atónito indicó la ancha y bien asfaltada pista que conducía al centro de la ciudad.

CAPITULO
VII

Sudoroso y jadeante Wardo llegó a una céntrica calle. Dejó el coche que había tomado y empezó a mirar los rótulos de las tiendas. Se hallaba en plena zona comercial, donde era fácil comprar y vender.

Desechó los establecimientos que no le interesaban, hasta encontrar lo que más o menos podía convenirle.

Era una tienda de metales preciosos:

«COMPRA-
VENTA Y
PIGNORACION»

Eso rezaba el rótulo.

—Tome...—Dejó sobre el mostrador un par de piedras redondas del tamaño de un garbanzo—. Son de mucho valor, pero deme lo que quiera por ellas.

El encargado miró con recelo al hombre y luego volvió sus ojos hacia el par de piedras.

—Hummm... Nunca había visto nada igual. Pesan. ¿De dónde ha sacado esto?

—Es un mineral difícil de encontrar en este pía... quiero decir que es muy raro, pero consistente. Compruébelo.

—Si trata de gastarme una broma... —empezó el empleado.

—Oiga... Haga una prueba. Fenicol con tetrafetilina. Descubrirá el brillo. Es mejor que el platino. Por favor, dese prisa. — Hizo una mueca de dolor.

El receloso encargado dio la vuelta y al situarse en su mesa-obrador vio a través de un espejo el agujero de la bala en el gris jersey de Wardo.

—Oiga... ¿Está usted herido? Parece que tiene sangre en la espalda.

—No es nada. Examine ese mineral, por favor.

—Sí, sí...

No obstante el de la tienda no parecía tener mucha prisa. Preparó los ingredientes químicos y dejó las dos bolitas en el interior del líquido.

—No puedo ir más de prisa. Me ha traído usted algo que aún ignoro el valor que tiene... Disculpe.

El hombre se alejó. A un par de metros tras una pared colgaba un teléfono. Lo tomó.

Las sospechas que le infundía el desconocido le hicieron optar por

llamar a la policía.

En el vaso, entretanto, lo que parecían vulgares piedras sacadas de la orilla del Océano iban cambiando su color. Dentro del cristal empezaron a brillar.

—Oiga — musitó el tendero en voz baja —. ¿Es la policía? ¿Me escucha? No puedo hablar más alto. .

Por bajo que hablara Wardo comprendió lo que estaba sucediendo. Pensó un instante. Vio ante él la caja registradora del dueño y sin vacilar se abalanzó hacia delante y abrió el cajón. Y había algún dinero no mucho. Lo tomó.

—¡Eh! — gritó el tendero —. ¡Me están robando!

—Lo que le doy vale mil veces más de lo que me llevo —repuso Wardo antes de abandonar la casa.

*

*

*

Cuando la policía llegó al local del tendero, Wardo se había instalado en un hotel de escasa categoría. Sólo le pidieron que pagara por adelantado. Wardo dio un billete.

—¿Hay bastante para un día?

Honradamente había suficiente para una semana, pero el encargado del hotel no quiso desaprovechar la ocasión y murmuró.

—Dos días. Primer piso. La primera puerta que encuentre. La llave está en la puerta. Hay un excusado en el corredor. Si lo usa déjelo limpio.

Wardo subía ya la escalera mostrando en su espalda aquel inconfundible agujero.

—¿Eh? ¿Qué nombre registro? — pidió a gritos el del hotel.

—¿Nombre? Wardo...

—¿Wardo? ¿Qué más?

—Es suficiente. ¿Eh? — Y ya sin más conversación el venursiano entró en la cochambrosa habitación por la que había pagado.

Estaba extenuado, lo que no era habitual en nadie de su raza, pero tampoco terrícola alguno hubiera soportado tanto tiempo el plomo que llevaba dentro quemándole la carne.

Con la puerta cerrada y tendido en el lecho a cuerpo desnudo, Wardo dispuso su «controller» sobre la herida.

La bala le había entrado por la espalda quedándose alojada entre la principal arteria y el corazón. Un disparo mortal para cualquier terrícola.

Ahora, concentrado en sí mismo, Wardo pronunciaba unas extrañas palabras mientras manejaba su «controller».

Lentamente su respiración fue acompasándose, hasta que el poder magnético de uno de los dispositivos de su diminuto aparato fue extrayendo el trozo de plomo.

Una ducha posterior limpió la sangre que había quedado impregnada en su cuerpo. Del rasguño del brazo no quedó la menor señal, tampoco quedó marca del agujero, La única prueba era el jersey sucio y chamuscado.

Vestido de nuevo, comprobó el tiempo perdido. Demasiado para lo que le quedaba por hacer.

El sonido de una sirena llamó su atención. Asomó a la ventana.

Dos vehículos policiales se habían detenido cerca del hotel.

Había otros establecimientos similares en la calle. Los agentes buscaban a alguien.

Nuevas sirenas a ambas esquinas. Un coche a cada lado cerraba toda posible salida. En la calle Tipps daba órdenes.

—Tengan cuidado. No se dejen sorprender. Y no disparen. Se trata de un hombre herido, quizá esté moribundo. ¡Vamos! Hay ocho hoteles en esta manzana.

Wardo salió de la estancia y fue directamente hacia el encargado:

—Oiga... Tengo un desperfecto en el jersey. Necesito una chaqueta. No importa que sea vieja, —Extrajo otro billete de los obtenidos en la tienda de compra-venta.

—Oiga, yo no soy un ropavejero —dijo el del hotel.

—Necesito una chaqueta —insistió Wardo mirando fijamente al hotelero.

—Le buscan a usted, ¿eh? —murmuró el individuo. Luego se fijó en los ojos mandones de Wardo y seguidamente en el billete que había depositado sobre la mesa que tomo, lo guardó en el bolsillo y sacó del colgador una cazadora veraniega.

—Es todo lo que tengo.

—Será suficiente — repuso Wardo y salió del establecimiento.

La prenda le venía casi a la medida y no desentonaba en absoluto.

Los agentes de Tipps buscaban a un hombre totalmente vestido de gris. Y con un agujero en la espalda.

Ahora Wardo se cruzó con varios policías. Lo único gris que llevaba era el pantalón. La chaqueta-cazadora era azul oscuro y naturalmente no estaba agujereada por la espalda.

*

*

*

Anochecía cuando Wardo agotadas ya las fábricas de laminados acudió a los despachos oficiales. Había otra posibilidad, la de que Roya hubiera encontrado empleo en alguna base oficial de experiencias espaciales.

—No. Las mujeres que trabajan en la base ocupan el departamento de oficinas... ¿Cómo ha dicho que se llamaba? ¿Roya? No, no... No admitimos personal nuevo desde hace años...

Esa había sido la primera respuesta.

Las demás, poco más o menos vinieron a decir lo mismo: Ni mujeres pilotos, ni controladoras de vuelo, ni ayudantes de base. Ninguna se llamaba Roya.

«Puede haber adoptado un nombre supuesto», pensó Wardo. Pero se enteró también de la cantidad de documentación que era necesaria para entrar en una base de índole experimental, y Roya no tenía papel alguno, sólo disponía de su habilidad, pero eso por lo visto pesaba poco a la hora de la selección. Lo importante eran los documentos...

Y así llegó la noche.

*

*

*

El tendero que había denunciado ser robado dio toda clase de detalles a la policía. Claro que aún no había advertido el brillo especial que adquirieron las extrañas piedras que le entregara el fugitivo. Por eso dijo:

—Desde el primer momento, cuando me entregó las piedras

sospeché de él.

—¿Qué clase de piedras? — Era Tipps el que le interrogaba.

El tendero fue a buscarlas. Sus ojos se dilataron al comprobar el cambio, el brillo, todo el conjunto...

Trató de disculparse...

—Bueno... Al fin y al cabo quizá no tenga demasiada importancia...

—Dijo por si acaso.

—Deme esas piedras...

—Bueno. Yo he pagado por ellas.

—¿En qué quedamos? — inquirió Tipps de mal talante—. ¿Le han robado o ha pagado usted?

—Creo que... Bueno... Yo...

—¡Las piedras! —insistió Tipps.

El tendero no tuvo más remedio que entregarle lo que brillaba dentro de la probeta.

Aun así porfió:
—Bueno. Recuerde que son mías. Las entrego sólo como prueba...
Tipps jugueteó con ambas bolitas entre sus manos. Y murmuró algo ininteligible.

*
*
*

Aquella misma noche Tipps escuchó el resultado del análisis a que había sido sometido el mineral en forma de dos bolitas del tamaño de sendos garbanzos.

—Es un mineral de gran valor. Incorruptible. Tiene una mayor consistencia que el platino. Es algo realmente desconocido. . Un metal precioso.

El profesor Lester en otro despacho del puesto policial sostuvo entre sus manos las dos preciadas joyas.

—¿Qué opina de esto, profesor? — inquirió Tipps.

—Que ahora más que nunca quiero hablar con ese hombre.. Oiga... Pongan anuncios, que lo digan por la televisión y la radio... Sea quien sea que acuda a mí. Al hospital o a mi domicilio particular. Aseguren que no habrá ningún policía acechando. Es lo que les pido a ustedes... Ese hombre no es un asesino. Al contrario. Es... — Lester guardó para sí la respuesta. Fue Tipps quien insistió para saber más:

—¿De quién cree
que se trata,
profesor? Un
silencio.

—Vamos. Toda mi gente está en jaque. Usted pide anuncios y protección para su vida. Un hombre herido gravemente que desaparece del hotel donde se alejó con una cazadora azul como si nada le hubiese ocurrido.

—¿No le dice nada eso, detective Tipps? — inquirió el profesor.

—No me gustan las adivinanzas.

—Ni a mí. Pero debe darse cuenta de que nos hallamos ante un ser excepcional.

—Alguien que puede sobrevivir después de haber recibido una bala en el corazón... —
murmuró Tipps.

—Exacto, Tipps... Por eso quiero ver a ese hombre. Lo necesito... Haga lo que pueda. Tipps asintió como queriendo

decir: «¿Qué cree que he estado haciendo hasta ahora, rascándome las narices?»

*
*
*

La medianoche estaba cerca y Wardo se hallaba ahora en el descampado de Yellow, Entre los desmontes resplandeció unos instantes el metal de una nave extraterrestre. Una voz surgió en el espacio. Un espacio limitado que sólo podía ser oída por Wardo:

—Ahí tienes tu último punto de contacto con los tuyos, Wardo. Toma la nave. Wardo guardó silencio.

La nave dejó de refulgir, pero seguía allí, mientras las manecillas de los relojes avanzaban hacia la inexorable medianoche.

La voz de Blimp insistió:

—No quiero perderte. Sería un fracaso para mí. Ya no hay tiempo, Wardo.

—No la he encontrado — musitó el venursiano—. Pero sé que está en algún lugar.

—¡Oh, claro! Pero ¿qué haríais los dos juntos aunque la encontraras?

—Ser libres.

—¿Libres en el infierno? Ya has tenido ocasión de vivir una experiencia en ese planeta. Eres un hombre buscado. Han disparado contra ti... Cuando te cojan experimentaran contigo... ¿A eso llamas ser libre?

Un silencio. Luego el propio Wardo lo rompió para pedir serenamente:

—Ayúdame, Blimp. Tú puedes saber donde está ella.

—Trabajando... Tiene que mantenerse, vivir como una terrícola.

—¿Dónde, Blimp?

—Eso no puedo decírtelo.

—Sí. Puedes. Desde Venur es fácil ver... Tenemos detectores potentes...

—No puedo hacer más por ti. El tiempo se acaba.

—Blimp. Renegaré de ti si no me ayudas.

—Te estás rebelando.

—Me rebelo contra la injusticia. Siempre he sido así.

—Entonces es que algo falla en nuestro sistema. Los detectores siempre te situaron en los lugares privilegiados respecto a tu salud de cuerpo y espíritu.

—Por última vez, Blimp. Dime dónde está. Dímelo. Sabes que no volveré. ¿Qué te importa ya lo demás?

La respuesta se hizo esperar. Luego la grave y metálica voz de Blimp anunció:

—Tienes dos minutos de la cuenta terrícola. Acércate, date prisa. Todo quedará olvidado.

—¿Dónde está ella?

— Trabajando.

—¿Pero dónde?

—¿Qué harías tú si te encontrases en su lugar? ¿Qué puede hacer un venursiano en un planeta tan atrasado?

—¡Demostrar mis habilidades!

La conversación se desenvolvía a ritmo vertiginoso, y Blimp apremiaba.

—Un minuto, Wardo. Te espero.

—Vine a buscar a Roya.

—Más que tu protector soy tu amigo. Quiero ayudarte.

—¡Quiero a Roya!

—Vamos,
Wardo, treinta
segundos... La
nave volvió, a
brillar un
instante.
—Si eres mi amigo ayúdame.
—Veinte segundos.
—Habilidades — murmuró Wardo recordando sus propias palabras—. No lo has negado.
—Diez segundos. Tienes tiempo.
—¿Dónde está Roya?
—Apenas te queda tiempo.
—¿Qué habilidades puede mostrar Roya?

—Supongo que iguales que las tuyas...
—¡Blimp!
—Demasiado tarde. Es la hora.
¡Las doce!
Una sorda explosión. Una rápida y fulgurante llamarada.
La nave desapareció por completo y con
ella la voz de Blimp. Ahora Wardo estaba
solo. Solo en la Tierra.

CAPITULO
VIII

Las sirenas de los coches policiales ululaban constantemente, ahogadas por el ruido del parque de atracciones.

Wardo había llegado hasta aquel lugar, uno más de la inmensa ciudad, pensando en su situación.

«Mis poderes irán terminando, pero quedará mi habilidad, todo lo aprendido... Igual que a Boya...»

Siguió pensando y añadió para sí:

«Blimp ha querido ayudarme a pesar de todo. Cuando le he hablado de habilidades...»

El vozarrón de un animador anunciaba la inmediata sesión de un pequeño circo ambulante.

Por otro altavoz un hombre de aspecto descomunal y lleno de musculatura estaba al lado de quien atraía al público desafiando:

—Quien se crea capaz de superar a Bruton ganará la recaudación íntegra de la función. Bruton desafía a quien pueda levantar mayor peso que él. ¡Vamos, señores, anímense!

Y otra voz:

—No se pierda el espectáculo de las mujeres salvajes. Luchan como tigresas. Excepto quienes las han visto pueden presumir de haber contemplado nada igual.

No faltaba el encantador de serpientes. Ni el espectáculo erótico.

Ululaban las sirenas de los tiovivos y del «Sideral, la gran atracción cuyas vagonetas descendían relampagueantes casi en un plano vertical.

El infernal ruido se confundía también con las otras sirenas, las de la policía. Wardo buscaba con la mirada. Y con el pensamiento.

Una parada de perros calientes y patatas fritas le hizo notar el vacío en el estómago.

Buscó en su bolsillo en busca de sus tabletas. Le quedaban dos. Suficiente para dos tomas. ¿Y después?

Buscó en su bolsillo. Tampoco le quedaba dinero. Unas monedas que apenas podían sacarle de apuros en aquel mundo extraño y desconocido.

Recordó el desafío del hombre forzudo y se encaminó hacia aquella barraca.

Tipps y su gente comenzaban a recorrer el parque.

*
*
*

Wardo se aproximó al vociferador que desafiaba a la gente.

—No hay nadie que quiera competir con Bruton, ¿eh? Claro. Es lógico, ¿Quién puede ni siquiera soñar en vencer a un hombre de esa envergadura?

—Yo —dijo simplemente Wardo.

Los reunidos se volvieron hacia el que había hablado. El anunciante frunció el entrecejo y fijó su mirada en Wardo.

La complexión del venursiano era absolutamente normal. Podía considerársele como un hombre de complexión mediana. Alto, proporcionado, pero sin nada que le hiciera presuponer una fuerza extraordinaria.

—Yo — repitió avanzando.

—Señor... — sonrió benévolo el anunciante—. Es mi deber advertirle que el desafiante, en este caso, usted, debe poner de su parte una módica cantidad en concepto de garantía... Comprenda. Esto es un espectáculo serio. No podemos defraudar a nuestro público...

Lo que el hombre pidió no alcanzaba el dinero de que disponía Wardo, pero en el instante de su indecisión varias personas se ofrecieron a poner la fianza.

—Pueden apostar, amigos. Se admiten apuestas. Yo pago veinte a uno a favor de Bruton —anunció el voceras.

Observando a los dos futuros contendientes muchos pensaron que era un buen momento para hacer negocio... apostando por Bruton, claro.

Sin embargo, la absoluta firmeza, la serenidad de Wardo, su sangre fría inclinaron a otros tantos a apostar en su favor.

—Pasen, señores. Entren a presenciar el espectáculo. La entrada sólo les costará... Tipps y su gente se movían entre las innumerables atracciones del recinto.

Wardo mezclado entre la gente pasó al interior de la barraca que quedó con unas tres cuartas partes del aforo llenas de público ávido de presenciar el singular desafío.

Sobre un entarimado a modo de escenario podían observarse pesas de diferentes tamaños y equivalencias.

Bruton hizo una exhibición levantando con una sola mano unas pesas de sesenta kilos. Hizo malabarismos con el eje que sostenía las dos ruedas que daban el peso anunciado.

Una báscula comprobaba la veracidad de los kilos.

Wardo se mantenía a un lado observando los preliminares.

El anunciante y dueño del espectáculo reclamó silencio y seguidamente pidió:

—¿Es usted capaz de levantar cien kilos, señor? — Lo hizo con una sonrisa burlona y en seguida con un ademán indicó a Bruton que levantara las pesas previamente comprobadas en la báscula.

—Aquí se juega limpio. No hay trampa posible. Todo el mundo puede comprobar la báscula... Y levantar el peso si lo desea... Ja, ja, ja...

Indiscutiblemente el hombre estaba convencido de que el retador de Bruton no haría otra cosa que quedar en ridículo.

Con mucho ceremonial Bruton tomó las pesas de cien kilos y tras una innecesaria pero espectacular comedia las levantó hasta ponerlas por encima de su cabeza.

—Ahora usted — sonrió el dueño del espectáculo. Wardo examinó las pesas y el propietario murmuró:

—Si prefiere más peso... Tenemos hasta de quinientos kilos... —Lo dijo en tono sarcástico para levantar la risa general.

La respuesta de Wardo fue tajante, fría, pero correcta.

—Sí. Acabaremos antes.

—¿He oído bien? ¿Desea usted probar los quinientos kilos? —Los ojos del tipo se agrandaron. Luego soltó una carcajada—. Le advierto que perderá el dinero depositado. Aquí no se admiten burlas.

—Ha oído usted bien... — replicó seriamente Wardo.

—¿Por qué no prueba con ciento diez?... Es un buen peso, y particularmente creo que no conseguirá...

—No me importa lo que usted crea — cortó rápido Wardo—. He dicho que me dé la de quinientos.

Propietario y Bruton cambiaron una mirada. Ninguno de los dos creía en la posibilidad de que el desconocido pudiera hacerse con aquel peso, pero la gravedad del rostro de Wardo hizo que ambos llegaran a dudar.

El propietario preparó una pesa de doscientos kilos. Quería alargar el espectáculo, pero
Wardo miró la báscula y recalcó:

—He dicho quinientos.

El propietario lanzó un bufido y al fin preparó y pesó el instrumento, murmurando:

—No me gustan las bromas. Quinientos kilos no los ha levantado nadie.

Las pesas quedaron en el suelo. Cuando Wardo se aproximó a ellas el silencio se hizo general. El venursiano miró un instante a los reunidos. Luego a Bruton y murmuró:

—¿Quiere probar usted primero? Bruton le cedió la vez.

El aleteo de un mosquito hubiera podido oírse en medio del absoluto silencio que reinaba en el recinto cuando Wardo con una sola mano tomó el eje que sostenía las pesas.

Tras un par de segundos de espera, Wardo inspiró profundamente. Tomó las pesas, siempre con una sola mano y comenzó a levantarlas.

En un santiamén los quinientos kilos estuvieron sostenidos por aquel poderoso brazo
por encima de su cabeza.

Así permaneció un buen rato, dando lentamente la vuelta sobre sí mismo ante el mutismo general.

Parecía como si todas las respiraciones se hubiesen cortado.

Luego, cuando al fin Wardo dejó suavemente las pesas sobre el

improvisado tablado la gente prorrumpió en un aplauso general.

Bruton rehusó hacer la prueba. No se atrevió siquiera con las dos manos, y el propietario seguía todavía con la boca abierta y los ojos pasmados cuando la gente comenzó a reclamar el cobro de sus apuestas.

Wardo no se preocupó en contar el importe de sus ganancias. Se metió el dinero en el bolsillo y desapareció escabullándose de la multitud que quería felicitarle, llevarle en hombros, o quizá incluso pedirle autógrafos.

El venursiano estaba ya lejos cuando Tipps, ante la aglomeración de la barraca de Bruton en la que todavía se comentaba la hazaña, se aproximó a indagar lo que ocurría.

A grandes rasgos y todos a la vez querían explicar lo presenciado. Y así, entre frases cogidas de aquí y de allá, el detective logró descubrir que un hombre excepcional había levantado con una sola mano y sin el menor esfuerzo aparente un peso de quinientos kilos manteniéndolo por encima de su cabeza casi un minuto.

—Yo creo que hubiera podido pasearse por toda la ciudad con el peso — dijo alguien. Tipps se puso en acción. Algo en su interior le decía que el hombre que buscaba estaba muy próximo.

—¡Vamos! Está en el parque. ¡Hay que encontrarle!

CAPITULO IX

Wardo se estaba comiendo un «Hot Dog» frente a un tenderete de tiro al blanco.

—¡Vamos, prueben su suerte! Pueden ganar una botella del mejor vino, o una muñeca para su novia. —Y la mujer animadora, fijándose en Wardo, añadió—: ¿Te animas, guapo? Tienes pinta de buen tirador.

Wardo nunca se había preocupado de su belleza física, pero indudablemente atraía a las mujeres, especialmente a las terrícolas.

Se aproximó a la tienda en cuyo mostrador le ofrecieron una pistola electrónica.

—Es tiro automático. ¿Te atreves? —dijo la llamativa pelirroja.

Wardo sin replicar fijó su atención en el precio de la tirada. Pagó por una y tomó el arma.

Apuntó a la diana móvil y apretó el gatillo.

El disparo dio en el centro. La luz roja indicó el premio.

—¡Chico! Eso es casi increíble... Te has ganado la muñeca... ¡Y vaya muñeca!

De mala gana, pero deseosa de poder charlar con el individuo, la pelirroja le trajo una monumental muñeca, mientras alguien que le había visto actuar con Bruton le reconoció:

—¡Es el campeón! Si le dejas disparar te arruina Rossy —exclamó uno.

Y contaron a la chica la hazaña de Wardo. La pelirroja no lo podía creer.

—¡Quinientos kilogramos de peso! ¡Ha sido capaz de batir todos los récords! Yo no me pierdo a ese hombre...

A la pelirroja le gustaban los forzudos.

—¡Ey, amigo!—exclamó—. No se vaya.

—Prefiero el vino. Toma. Te regalo la muñeca — dijo Wardo.

—Tendrás el vino que quieras. ¡Eh, muchachos!, por hoy la tienda está cerrada —y antes de apagar las luces se llevó una botella de vino para ir detrás del superhombre—. Aquí tienes el vino y puedes quedarte con la muñeca,

—No sabría qué hacer con ella. Tómala...

—Acéptala como un regalo, ¿eh? Anda, vámonos por ahí. No tendrás prisa, ¿verdad? Iremos a un sitio a bebemos el vino.

Pero Wardo destapó la botella allí mismo y tomó un trago.

—Me he comido algo de eso que fabricáis por ahí y me ha dado sed. Es una sensación nueva para mí.

—¡Oye! No serás un marciano, ¿eh? —bromeó la del tenderete del tiro al blanco—. Un «perro caliente» es lo más popular que existe...

Wardo, después de trasegar de la botella se la ofreció a su eventual compañera.

—Toma...

—Por qué no nos sentamos en alguna parte, ¿eh? Pago yo si quieres. Hoy me siento generosa. Además, no es corriente encontrarse con tiradores como tú. ¿Y qué me dices de las pesas? Buena lección le has dado a ese imbécil de Krups y a su gorila... Seguro que te ha estafado. ¿Cuánto te ha dado?

Wardo se encogió de hombros mostrándole el dinero.

—Lo que me figuraba. ¡Te ha dado la mitad! Deberías ir a reclamarle el resto o darle su

ecido.

Wardo se encogió de hombros.

—Tengo suficiente para instalarme en algún hotel.

—¿No tienes trabajo?

—No,

—¿No eres de por aquí? —siguió inquisitiva la pelirroja embobada con Wardo.

—No...

—No tienes acento de ninguna parte. ¿De dónde eres?

—He venido de muy lejos —fue la escueta respuesta del venursiano.

Se habían alejado del centro de la feria, allá donde las luces menguaban y algunas parejas aprovechando la oscuridad se arrullaban, los contactos bucales —pensaba Wardo— eran de lo más corriente. Besos, largos y apasionados besos, susurros, murmullos, jadeos que aumentaban a medida que la oscuridad era más penetrante.

Tipps y alguno de sus hombres se aproximaban urgando palmo a palmo el terreno.

—¡Ahí están ésos! Siempre en busca de alguien. ¿A quién diablos piensan encontrar aquí? — murmuró despectivamente la pelirroja Rossy.

—¿Quiénes son?

—Polis. No dejan tranquilos a nadie — replicó ella.

Tipps se aproximaba, sus hombres miraban a derecha a izquierda. Estaban ya muy cerca.

El venursiano sintió el temor de ser reconocido y empujó suavemente a su pareja junto al tronco de un árbol.

—¡Eh! —sonrió ella—. Eres muy impulsivo.

Wardo la besó. Hizo ni más ni menos que lo que hacían los otros terrícolas, pero no sintió nada en aquella acción, porque sus sentidos estaban pendientes en los agentes del orden que pasaron cerca de ellos sin prestarles demasiada atención.

Cuando ya se hubieron alejado Wardo dio por concluido el beso. Rossy jadeante, pero satisfecha, exclamó:

—¡Chico! Vaya empuje... Por poco me dejas sin resuello... ¡Oh! ¿Siempre besas así? Y ante el silencio del venursiano, ella murmuró:

—Bueno. Me ha gustado, ¿sabes? Puedes volver a hacerlo si quieres... Wardo siguió silencioso. Luego murmuró:

—No tienes por qué acompañarme si no lo deseas.

—Escucha. Se me ocurre una idea... Tú necesitas un hotel, un sitio donde dormir. Puedo sugerirte que vengas a mi casa. Yo tengo

una cama grande. Demasiado para mí sola. Vivo sola, ¿sabes? Me separé de mi marido hace tiempo. El muy golfo sólo quería vivir a costa mía. Tú sabes hacer cosas. Podríamos hacer...

—Gracias, Rossy. Es ése tu nombre, ¿verdad? No quiero causarte problemas.

—¿Problemas? ¡Qué va, hombre, qué va...!

Habían salido ya de la zona del parque. Estaban en la calle. Un barrio modesto. Había televisores en los escaparates de algunas tiendas, y también en los bares, Estacan dando noticias.

Rossy y Wardo se sentaron en un bar El accedió a acompañarla por no parecer descortés. En realidad tanto le daba.

—Dos cervezas de las buenas —pidió la mujer—. Te gusta la cerveza, ¿verdad?

Wardo no podía contestar, pero bebió de la botella que ella le había regalado y Rossy le advirtió:

—Oye. No puedes beber en el bar. Sólo lo que te sirvan. ¿No lo entiendes?

La mirada y los oídos de Wardo estaban pendientes de lo que decía el hombre que hablaba por la televisión.

—Este anuncio va destinado a un hombre cuyo nombre se ignora. Ingresó anoche en el Hospital General y posteriormente se fugó. El médico que le había asistido fue encontrado muerto, pero el profesor Lester le exime de toda responsabilidad... Si ese individuo escucha el mensaje no debe temer nada, sólo se le pide que se ponga en contacto con el profesor Lester. Es urgente. Repetimos. No debe temer nada, sólo se. le pide que se ponga en contacto con el doctor Lester...

Y seguidamente dio las señas del domicilio particular del profesor y de los números de teléfono donde se le podía llamar.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? — exclamó Rossy ante la mirada de Wardo que parecía haberse quedado magnetizada por la noticia que acababa de repetir la televisión.

—¿Conoces al profesor Lester? — preguntó Wardo como si regresara de un largo letargo.

—No.

Wardo volvió a quedar silencioso.

—¿Por qué te preocupas de esto? Siempre dan anuncios similares...—Y ante el insistente silencio de Wardo, ella preguntó—: ¿Le conoces tú?

—Creo que sí. Bueno. Sí. Sé quién es.

—¡Oye! No será a ti al hombre al que se refieren, ¿verdad?

Tras un silencio él volvió la mirada a la pelirroja para asentir finalmente.

—Sí. Soy yo. Pero no deseo hablar con nadie. Busco a una persona. Por eso estoy aquí. Sólo necesito a alguien que pueda ayudarme.

—¿Ayudarte?

—Sí. A encontrar a esa persona. Sé que no es fácil... ¿Sigues queriendo que vaya a tu casa?

Rossy miró desconcertada al hombre, y por primera vez creyó verle distinto.

—Oye... ¿Quién eres tú en realidad? Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Wardo. Este es mi nombre. Y no debes temer nada de mí.

CAPITULO X

La casa de Rossy era modesta, como modesto era el barrio, pero la pieza estaba bien arreglada. Aunque todo fuera barato, se notaba un cierto buen gusto, unido a la más elemental falta de posibilidades. Claro que para Wardo los detalles eran lo de menos.

Rossy había sacado una botella de vino y se ofreció para cocinarle algo.

—No. No te molestes. Mi cuerpo de momento no necesita de alimentos... Ya más o menos, Wardo le había insinuado algo y ahora Rossy inquirió:

—Tu chica se llama Roya, ¿eh? Y sólo puede ganarse la vida con alguna habilidad, digamos... fuera de lo corriente.

—Sí...

—Como tú que eres capaz de levantar un peso de quinientos kilos sin inmutarte.

—Eso no es un problema...

—No sé si me tomas el pelo o es que me estoy comportando como si acabara de perder el juicio, pero te creo... ¡Dios mío! Dices que no eres de este planeta y yo... ¡Oh! Cielos... Si lo cuento me tomarán por loca. ¡No! Si esas cosas sólo pueden ocurrirme a mí. Primero me caso con un guarro que además me resulta un gandul y después me encuentro con un extraterrestre...

Y continuó hablando como si lo hiciera consigo misma para añadir:

—Lo cierto es que levantaste un peso de quinientos kilos y acertaste a una diana trucada... Eso no lo hace cualquiera...

—¿Crees que puedes ayudarme, Rossy? — inquirió él.

—No es fácil encontrar a una chica como la que tú describes... ¡Oh! Yo no entiendo nada. —Se quedó mirándole—. Viéndote así... Tienes toda la apariencia de un ser normal.
¡Vamos! Quiero decir que te pareces a uno de nosotros...

—La apariencia es lo de menos. Es sólo lo que se ve. En cualquier otro habitáculo mi forma sería idéntica a la de sus habitantes.

—¡No me digas! ¿Puedes transformarte...? ¿Transfigurarte? ¡O como se llame!

—Puedo hacer muchas cosas, Rossy. Excepto encontrar a la mujer que busco.

—Debes quererla mucho.

—Así es.

—Por lo visto el amor es lo único común en todos los planetas. Al menos en el tuyo.

—Es posible, Rossy. Es posible...

—Bien. Haré lo que pueda... Si esa chica tiene habilidades quizá trabaje en el circo.
¿Sabes si es capaz de hacer de funámbula...?

—¿Funámbula?

—¡Sí, hombre! De pasearse sobre una cuerda floja a varios metros del suelo... ¿Podría hacerlo tu chica?

—¿Sobre una cuerda? ¿Andar sobre una cuerda? ¡Pues claro! Eso no tiene ninguna dificultad.

—No, claro. Para ti todo es fácil. Aquí lo llamamos cuestión de equilibrio. — Y Rossy sonrió resignada como quien ya no sabe qué creer.

Luego añadió:

—Oye... Hay un tipo que se cuida de cerrar las tiendas de la feria, ¿sabes? Pero a mí me

gusta echar un vistazo siempre. Así es que si no te importa me ausentaré un rato. No mucho. Si te apetece algo hazte cuenta de que estás en tu casa. ¡Ah! No temas, no llamaré a la policía. Puedes confiar en mí, aquí no te encontrarán.

Le ofreció un café.

—Toma. Es casi una bebida nacional, como la cerveza. Es bueno. Despeja la mente. Claro que tú ya la tienes lo suficientemente despejada. No te vayas, por favor. — Y Rossy se despidió echándole un beso con la mano. Antes añadió —: Tal vez encuentre a tu Roya.

—Daría cualquier cosa para que así fuera.

La puerta se cerró tras la marcha de la llamativa pelirroja, mientras Wardo se quedaba ante el café...

*

*

*

—Oye, Rossy. ¿Cómo se llama ese tipo que estuvo Contigo? Y dime la verdad. Sabemos que te has ido con un hombre que ha acertado una diana en una barraca, lo cual no deja de ser una proeza, y supongo que ya nos entendemos.

Las palabras procedían del detective Tipps que pilló a Rossy en el momento en que ésta salía de su ya cerrada barraca, tras hacer una breve visita para ver si todo estaba en orden.

Rossy se volvió sobresaltada.

—¿Qué pasa? ¿Es que no puedo pasear con quién quiera?

—Claro, Rossy — repuso Tipps—, pero ese hombre estuvo antes en la tienda de Bruton y levantó quinientos kilos. ¿No es muy normal, verdad?

Rossy palideció, pero procuró reaccionar con naturalidad.

—¿Qué quiere decir con esto, polizonte? Ya era hora de que alguien le diera una lección a ese...

—No me refiero a eso, Rossy. Acabemos. ¿Dónde has ido con ese hombre?

—¡Oh! Hemos dado un paseo simplemente.

—¿Hasta dónde?

—lomamos unas copas en un bar. ¿Es algún delito?

—Vamos, Rossy... Nada de lo que has hecho es delito, sólo me interesa el tipo. Alguien tiene interés en verlo. Dime dónde está. Tal vez puedas ganarte una propina... En principio no tienes problemas con tu barraca y tus trucajes, ¿no? Ya ves que nadie quiere

perjudicarte. Claro que si no colaboras quizá a alguien se le ocurra hacer una inspección a fondo a tus instalaciones.

Rossy masculló una maldición entre dientes despotricando los métodos chantajistas que usaban los «polis».

—Escuche, Tipps. Yo no sé nada. No me complique la vida. Bastante cuesta ganarse el sustento.

—¿Dónde lo has llevado, Rossy? — insistió

tenaz el detective Tipps. Ella guardó silencio.

—¿No quieres colaborar?

—Nos despedimos en el bar. El se fue a un hotel. No le pregunté dónde.

—¿No lo habrás llevado a tu casa, eh? Conozco tus costumbres, Rossy... Los tipos apuestos te van... Sobre todo los que son capaces de levantar pesas de quinientos kilos... Vayamos a tu casa.

—¡No! —gritó ella y su misma actitud le delató.

—Si no quieres ir iremos nosotros.

—No pueden hacerlo...

—Tú nos acompañaras de buena gana, ¿verdad...?

Surgieron voces por detrás, los componentes del pequeño circo, terminada su última función, se iban a sus respectivos carromatos.

Alguien gritó:

—¡Eh, Roya!

Al oír aquel nombre Rossy se volvió de repente y observó a cosa de cincuenta metros al domador.

—Roya... Tienes que contarme tu secreto. Prometiste hacerlo.

Anda. Vamos a mi carro.

—No — replicó una muchacha de larga melena azabache.

En la oscuridad era difícil distinguir su rostro, pero Rossy presintió que se trataba de una mujer de gran belleza.

—¿Por qué te empeñas en pasar la noche por ahí? Ven conmigo...

Te he prometido que

seremos

socios.

La muchacha se perdió en la oscuridad entre los tiovivos. El detective Tipps hizo volver a Rossy a la realidad.

—¡Eh! Estábamos hablando de ir a tu casa. ¿Nos acompañas o prefieres que vayamos solos?

—Idos al diablo — exclamó ella.

Tipps hizo un gesto a sus ayudantes. Luego dirigiéndose a la pelirroja advirtió:

—Si piensas quedarte sola para telefonear a tu amigo y prevenirle estás en un error. Alguien se quedará contigo. No podrás avisarle...

No tenía opción, sin embargo el nombre de Roya la obsesionaba, y en lo más profundo de sí, sentía la necesidad de ayudar a Wardo. Por eso haciendo caso omiso de las advertencias de Tipps se alejó hacia la parte donde se había perdido la muchacha llamada Roya.

—¡Vayan a por ella! — exclamó Tipps.

Rossy seguía tras la muchacha llamando a su vez:

—Roya, Roya...

Uno de los policías la alcanzó antes de que pudiera encontrar a la venursiana.

CAPITULO XI

Wardo se encontró rodeado antes de darse cuenta de lo que sucedía realmente. Quizá lo advirtió, pero no quiso oponer la menor resistencia.

Tipps le previno:

—Tenemos orden de llevarle ante el profesor Lester. Si no pone dificultades todo irá bien.

Tras los policías, Rossy murmuró:

—Lo siento, Wardo. Yo no he tenido nada que ver. Te doy mi palabra.

Wardo sonrió levemente. Luego cuando pasó junto a ella, la pelirroja susurró:

—Tengo buenas noticias con respecto a Roya.

La momentánea sumisión de Wardo desapareció para volverse hacia Rossy.

—¿La has visto?

—Vamos, amigo. No perdamos tiempo. Ya nos ha causado bastantes trastornos —
interrumpió el detective.

Pero Wardo sin hacerle el menor caso se separó de los dos agentes que le custodiaban, aparte de Tipps que cerraba la marcha.

—¿Dónde está?

—Trabaja en el circo. Intenté hablar con ella, pero ésos me lo impidieron.

—Entonces tengo que encontrarla. —Hizo intención de avanzar, pero se vio sujeto por dos poderosos brazos.

—¡Déjenme! No he venido aquí a perder
mi tiempo. ¡Déjenme! Tipps sacó su
revólver.

—Tengo orden de llevarle sano y salvo, pero si trata de escapar...
— amenazó.

—La violencia no sirve de nada, señor policía. No podrá impedir que haga lo que tengo que hacer.— Se soltó bruscamente de los dos brazos que le tenían fuertemente sujeto y se encaró a Tipps que seguía con el revólver en la mano.

Los ojos de Wardo se clavaron en los de detective. Mentalmente parecía retenerle, obligarle a retroceder, y Tipps casi sin darse cuenta obedecía aquella orden que el cerebro del venursiano le transmitía.

También los ayudantes del detective habían quedado inmóviles y la única que parecía disfrutar ante aquel insólito espectáculo era la bella Rossy.

—Es capaz de levantar quinientos kilos con una sola mano. Podría destrozarles y...

¡Jesús, qué hombre!

Tipps dejó caer el revólver como si pesara demasiado para poder sujetarlo. Y los dos agentes habían retrocedido al unísono incapaces de reaccionar.

—Díganle al profesor Lester que iré a verle en cuanto pueda. Ahora tengo algo mucho más importante que hacer. Rossy me acompañará y ustedes me dejarán en paz.. Espero que lo hayan comprendido.

Su mirada relampagueante, fría, dominaba por completo la situación. Después lentamente volvió la espalda y murmuró:

—Vamos, Rossy, llévame allí.

*

*

*

Estaban en el lugar. La feria estaba ya a oscuras totalmente. Sólo en algún carromato del pequeño circo había luz.

Para Rossy en aquellos momentos sólo le importaba conocer el secreto:

—¿Cómo lo has hecho, Wardo? Anda, dímelo. Los has dejado atontados. ¿Cómo lo has hecho?

Pero Wardo contestó con la pregunta cuya respuesta era lo que más le interesaba:

—¿Dónde la has visto?

—Por ahí... Byron, el domador, le estaba diciendo algo, pero ella desapareció entre los tiovivos. Si no llega a ser por los polis, la habría alcanzado.

Buscaron inútilmente, hasta que a Rossy se le ocurrió nombrar de nuevo a Byron.

—Quizá él pueda decirte algo...

El domador en aquellos instantes no estaba en el momento más idóneo para recibir visitas. Se hallaba acompañado de una estupenda rubia que cubrió su desnudez con la sábana del camastro de dónde se incorporó bruscamente ante la intromisión de la pareja. Byron se enrolló una toalla en el cuerpo mientras Rossy sonreía.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué no llaman antes de entrar?

—¿Por qué no cierra la puerta? — rió Rossy.

—¡Cállate, estúpida! ¿Quién es ese tipo? — se encaró desafiante a Wardo que a su vez espetó:

—¿Dónde está Roya?

—¡Ah, vaya! Pensaba que era ella la que estaba conmigo...

—No pensaba nada, Byron. Sólo quiero saber dónde se halla.

—¡Y yo qué demonios sé! Se larga siempre después de las funciones. Le prometí asociarme con ella, pero nunca me hace caso. Y aquí no la busque, no está...

—¿No sabe usted dónde se refugia por las noches? El domador se encogió de hombros.

—No suelo ir detrás de la gente. Son ellas que vienen a buscarme... Si tiene algo que ver con ella le repito que no sé nada. Y ahora, lárguense.

Tras un silencio, Wardo, haciéndose cargo de la situación pidió disculpas.

—Siento haberle importunado.

Se volvió. Byron antes de que Wardo saliera murmuró:

—Si quiere verla venga a la función de mañana, supongo que vendrá, aunque tratándose de esa chica nunca se sabe. —Y más dócilmente inquirió—. Oiga... ¿Tiene ella algo que ver con usted?

—Sí. Mucho.

—Bueno... Es una chica algo especial. Usted debe saberlo. Tiene una habilidad rara con mis leones. Sabe dominarlos sin usar siquiera el látigo. ¡La obedecen! Oiga. Convénzala, si puede, de que podríamos ganar mucho dinero... Tengo un león nuevo y hay que entrenarlo... Ella lo hace sin ningún esfuerzo. Podríamos montar un número sensacional. Lo nunca visto. Usted... Usted podría ser socio también. Parece un hombre inteligente.

Wardo salió del carromato sin replicar.

A lo lejos volvía el ulular de las sirenas de la policía. Y Rossy comentó:

—Esos se han despertado. Si no les hipnotizas de nuevo darán contigo... Porque los hipnotizaste, ¿verdad?

—Tengo que encontrar a Roya, y ojalá fuera esta misma noche. Esos policías han oído su nombre. Saben que trabaja en el circo. Mañana esto estará rodeado.

—Para ti no es problema... Puedes paralizarlos con la mirada — replicó la mujer. Pero Wardo pensaba en las palabras de Blimp.

«Perderás tu poder y no serás más que un terrícola cualquiera.»

De momento comenzaba a sentir los efectos de la fatiga. Las largas horas pasadas en la Tierra sin dormir le causaban una sensación que hasta aquel momento le había sido desconocida.

Era el principio de la pérdida de un poder superior.

CAPITULO XII

A quien primero visitó el detective Tipps fue al domador Byron que de esta forma se vio interrumpido por segunda vez en su noche de amor.

—¡Pero qué diablos pasa esta noche! Primero ese tipo y ahora ustedes...

Tipps pidió explicaciones sobre el individuo que había estado antes en el carromato y así supo que Wardo no podía andar demasiado lejos.

Poco después, escondidos en la vagoneta de la atracción sideral, Wardo y Rossy observaban a Tipps y sus dos ayudantes como, provistos de linternas enfocaban hacia todos los rincones.

—Oye — susurró Rossy —. Voy a largarme, ¿sabes? Si me ven correr les atraeré, así tú podrás seguir buscando.

—¿Crees que te harán algo? — inquirió Wardo.

—¡Oh, no! ¿Qué pueden hacerme? Esta vez no podrán acusarme de esconderte. Tipps había pedido refuerzos y otros coches se aproximaban al descampado. Rossy pensó que había llegado el momento de servir de cebo.

Antes de abandonar el escondrijo musitó:

—Si alguna vez necesitas de mí ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias por todo. No lo olvidaré.

Y ya en el mismo momento la muchacha saltó de la vagoneta y echó a correr. Una voz gritó:

—Por allí corre alguien.

Todas las fuerzas corrieron a su vez en pos de la pelirroja, y así el venursiano pudo abandonar su momentáneo escondrijo para proseguir su búsqueda.

Llegó al otro lado del parque, un completo descampado con algunos parterres. Olía a flores. Era un sitio bonito, una especie de parque.

Wardo tuvo un súbito presentimiento. Quizá fue uno de los muchos sentidos adicionales a los que poseen los terrícolas, o tal vez intuyó la acompasada respiración de alguien...

Estaba a pocos metros, tendida sobre el césped, mirando las estrellas.

Era una mujer de larga cabellera color azabache y ojos grandes, hermosos. Su rostro poseía una hermosa serenidad.

Lentamente su rostro se volvió y su cuerpo movióse incorporándose. Wardo estaba muy cerca.

Se miraron en silencio unos instantes.

—Roya — susurró él.

De un salto la muchacha se incorporó y momentos después ambos se fundían en un interminable abrazo.

—Roya. . Roya querida. Sabía que te encontraría.

—Wardo... ¿Por qué has venido? No debías hacerlo. Ahora ellos...

—Sabías que no te dejaría, Roya querida. Lo sabías...

—Pero no podrás volver. Es un sacrificio demasiado enorme,

Wardo. No merezco...

—¡Oh, Roya! No digas eso. ¿Cómo podía abandonarte?

—Aquí todo es distinto, Wardo. Las costumbres, la alimentación...

—Lo sé, lo sé...

—El «controller» ya no me sirve. Pierdo los sentidos. Me utilizan en un circo, ¿sabes?

—Sí, querida.

—Me gano la vida entre unas fieras. Los llaman leones y todo el mundo les teme. A mí me respetan, pero siento que pierdo fuerzas. Esta noche he sentido temor. Son fieras que devoran.

—Sí, lo sé. Pero ahora estás conmigo. Y ya nada tendrás que temer... Una sirena lejana llegó hasta ellos. Wardo añadió:

—Me buscan. Posiblemente te buscarán a ti. Tenemos que irnos.

—¿Dónde?

—No lo sé. Hay un profesor que desea verme. No sé si se trata de una trampa. Podemos probar.

—Estoy cansada, Wardo. Antes no me ocurría.

—Sí. Yo también necesito dormir... Pero aún conservo mis facultades. Vamos. Nos pondremos en camino. Tomaremos un vehículo. He ganado algún dinero. No ha sido difícil. Se pueden hacer muchas cosas en este planeta.

—No me gusta, Wardo. No me gusta la Tierra. Pasan cosas... Hay guerras y gente mala...

Alguien interrumpió a la pareja. Dos individuos jóvenes y desgreñados. En alguna época alguien les hubiera llamado gamberros, pero además de ello, tenían otras intenciones.

Uno de ellos esgrimía una navaja, el otro sacó una pistola.

—Tú cuídate del tipo. Quizá lleve algo de valor. Yo me las entenderé con la muchacha —dijo un rubio de ojos saltones, no demasiado alto.

El otro, el de la pistola, más corpulento avanzó observando con cinismo a Wardo.

—Vamos, vuélvete de espaldas y levanta las manos.

El rubio al aproximarse a Roya y observar su liviano y casi transparente vestido exclamó:

—Oye, juraría que no lleva nada debajo... Ven, acércate, bonita, que tú y yo vamos a jugar.

Como la muchacha retrocediera, el rubio impaciente esgrimió la navaja previniendo:

—No me hagas correr, preciosa, si no quieres que desfigure tu bello rostro... Sólo pretendo jugar un rato contigo.

Pero ella seguía retrocediendo, mientras Wardo miraba fijamente a su agresor. El de la pistola quedó turbado un momento, pero reaccionó en seguida:

—Pretendes hipnotizarme, imbécil. ¡He dicho que te vuelvas! —recalcó.
Wardo comprendió que su poder había perdido eficacia. Y además se sentía casi sin fuerzas. Cansado. Muy cansado.
En ese instante el rubio se lanzó sobre Roya sin dejar de esgrimir su navaja que colocó junto al cuello. El filo rozaba la fina piel de la muchacha.
—Y ahora te estarás
quietecita, monada — ordenó.
Roya estaba asustada.

CAPITULO XIII

Wardo comprendió que tenía que actuar antes de que aquellos rufianes llevaran a cabo sus planes.

Su poder disuasorio había desaparecido y por lo tanto sólo podía utilizar la fuerza.

Avanzó en vez de retroceder y su enemigo amartilló el arma:

—Voy a dejarte seco — advirtió.

Wardo no midió el peligro. Con un preciso ademán apartó de sí la pistola y un segundo movimiento sirvió para derribar a su adversario que lanzó un grito.

Al caer el arma se disparó, pero el tipo seguía con ella en la mano.

Una patada de Wardo le obligó a soltarla, mientras el agresor lanzaba un aullido.

Vista la situación el rubio desgreñado dejó a Roya para esgrimir la navaja contra Wardo que esquivó la acometida.

No obstante, parte de la hoja cortó la tela de su chaqueta-cazadora.

Wardo con una llave parecida a las utilizadas por los judokas hizo saltar por los aires al rubio que cayó dándose de cabeza contra el suelo.

El disparo había puesto sobre aviso a la policía que seguía merodeando. No había tiempo de continuar una pelea que por otra parte ya prácticamente estaba concluida.

—¡Vámonos!—exclamó Wardo. Y tomando del brazo a su compañera se perdieron entre las sombras del parque.

Un coche les llevó hasta la dirección que Wardo indicó al conductor.

El vehículo se detuvo en una cosa de las afueras. La ciudad quedaba como telón de fondo. La gran urbe multitudinaria y silenciosa en la noche era sólo un decorado.

El lugar donde ahora estaban se hallaba solitario. Wardo, no obstante, se apeó primero y echó un vistazo. Roya observó una mancha rojiza en su chaqueta-cazadora;

—Estás herido.

—No es nada. Puedes bajar.

Wardo pagó al conductor y ambos se dirigieron lentamente hacia el jardín que daba acceso a la casa del profesor Lester.

*
*
*

Lester todavía no se había acostado. Infatigable investigador perdía horas de su sueño para entregarse al estudio.

Enfundado en su bata recibió personalmente a los visitantes y en seguida reconoció a Wardo:

—¡Oh! Usted... Ha venido...

—Espero no molestar. Me están persiguiendo, pero escuché su anuncio...

—Gracias, gracias por haber acudido, pasen. La señorita...

—Es Roya.

—Entonces usted y ella... proceden de... del mismo lugar.

—Sí, profesor.

Medio aturdido, pero feliz de hallarse entre ellos Lester les invitó a su despacho-

laboratorio.

Papeles, libros de estudio, ecuaciones en diversas pizarras, probetas llenas de líquidos en ebullición, jaulas con cobayas, preparados, retortas, aparatos para la destilación. Todo parecía estar en plena ebullición.

—Perdonen el desorden. No tengo mucho tiempo... Perdone.

¿Cómo se llama
usted?

—Wardo.

—Wardo. Ya... Bien... Desde el momento en que consiguió volver a la vida a aquella muchacha comprendí que usted... que usted no pertenecía a nuestra raza. ¡Dios mío! El hermano de mi ayudante se empeña en que le detengan. Me refiero a Brotan... Si no le hubiese hecho la autopsia usted le habría salvado.

—Es posible, pero la culpa no es suya, profesor. Cada cual tiene sus propias limitaciones. Sólo se puede luchar con las armas de que se dispone o los conocimientos adquiridos...

—Wardo, si usted pudiera ayudarme. Estoy tratando de dar con ciertas vacunas... Muchas enfermedades desaparecerían de la faz de la Tierra. Quizá a usted no le importe nada de lo nuestro. Está sólo de paso... ¿Verdad?

—Me temo que no, profesor. Pero ésta es una larga historia. Y

ahora estoy cansado.
Quisiera poder dormir en la seguridad de que no delatará mi presencia.

—Le doy mi palabra, aunque, no sé si podré contener a Brotan. El se empeña en que le condenen. Pero por esta noche esté tranquilo. Les prepararé una cama al lado de mi laboratorio. Es bastante grande. A veces la uso yo... Mi esposa está arriba, durmiendo. Está un poco delicada, en fin, ella no tiene que saber que ustedes están aquí. Nadie tiene que saberlo. ¿Me comprende? Tengo tantas cosas que preguntarle... Seguro que con una mirada a mis apuntes usted encontraría en un momento los fallos... ¡Oh, Dios mío! Si pudiera comunicar el gran honor que representa tenerles aquí... Por favor, señor Wardo, una pregunta tan sólo y no le molesto más por esta noche... ¿De dónde proceden?

—Nuestro planeta es desconocido aquí. No figura en el sistema solar. No está en sus cartas.

—Parece que usted está al corriente de nuestros conocimientos.

—En Venur conocemos muchas cosas, profesor.

—¿Venur?

—Está a miles de años luz.

—¿Cómo... cómo han podido llegar?

—Nuestros sistemas son perfectos. En lo que a técnica se refiere. Nuestros bólidos corren a una velocidad infinitamente superior a la de la luz. No tenemos problemas de desplazamientos. Podemos observar muy de cerca los planetas y sus costumbres, lamento decirle que de todas las galaxias habitadas por humanoides, la Tierra no es precisamente la que goza de mayor reputación.

—Es evidente que vivimos muy atrasados, por eso quisiera... Pero por Dios, vengan conmigo. Comprendo que deben estar cansados. Vengan. Les doy mi palabra que nadie les molestará.

*

*

*

A primeras horas de la mañana siguiente, cuatro automóviles policiales se hallaban rodeando prácticamente la casa del profesor Lester.

De un quinto automóvil bajó el hermano del doctor Brotan acompañado de dos altas personalidades de la policía local.

El doctor quedó perplejo al franquear la entrada a los recién llegados. Al fijarse en el despliegue de fuerzas preguntó:

—¿Qué significa esto?

—¿Dónde está, profesor?

—¿A qué se refiere. Brotan?

—De sobra lo sabe. A ese individuo. Al asesino de mi hermano.

—¿Qué le hace suponer que está aquí? — inquirió el profesor manteniéndose firme en el umbral de la puerta.

Uno de los jefes de policía pidió cortésmente:

—Les ruego que nos deje entrar. Tenemos motivos para pensar que el hombre que buscamos está en su casa.

—Pero... ¿Quién...?

Lester no sabía cómo salir del paso.

—Su casa ha estado vigilada, profesor. A distancia, por supuesto. Usted hizo un llamamiento a ese individuo, asegurándole inmunidad, y ha caído en la trampa. Sabemos que anoche un automóvil trajo hasta esta casa a una pareja. Hace tan sólo unas horas. Hemos dejado pasar un tiempo prudencial, pero ahora nos permitirá que nos hagamos cargo nosotros del detenido y de su cómplice si es que la mujer que le acompaña es cóm- plice.

—No pueden hacerlo... Escuche, capitán Rais... Ese -hombre no es de nuestra raza. ¿No lo comprende? Se trata de un ser de otra galaxia...

—Por favor, profesor... — había una cierta sonrisa benévola en el semblante del policía.

Brotan, era el más impaciente.

—Acabemos de una vez. Muéstre la orden de registro. Es inconcebible que el profesor Lester proteja al asesino de su ayudante.

—¡No es un asesino! Por favor, señores, escúchenme y créanme. Estamos ante un genio. Si logro convencerle puede hacer mucho por la humanidad; posee conocimientos que nosotros tardaríamos

siglos en descubrir...

—No perdamos más tiempo, profesor — murmuró el capitán—. Indíquenos dónde les tiene o tendremos que registrar toda la casa, —Y el policía sacó la orden del bolsillo que Lester no quiso ni siquiera mirar.

—Pensarán que les he traicionado. Y les di mi palabra de que estarían seguros... Luego, lentamente les indicó el camino de su laboratorio.

Allí, en la habitación contigua, ambos — Wardo y Roya—, iban a ser sorprendidos impunemente...

CAPITULO XIV

—No están. ¡Han huido!—exclamó Brotan.

El profesor no pudo disimular su contento al ver la cama vacía.

La ventana del semisótano había sido abierta. Sin duda ambos habían huido por allí al darse cuenta de la presencia de la policía.

En seguida comenzaron las órdenes.

—Rodeen la zona. No pueden andar muy lejos. La cama aún está caliente.

Todo el despliegue de fuerzas se puso en movimiento, mientras el profesor advertía los apuntes de la pizarra.

Habían sido rectificadas algunas ecuaciones y varios signos de otras tantas fórmulas se hallaban corregidas.

—¡Cielo santo! Lo ha hecho él. Wardo... Tengo que examinar esto... —El profesor Lester tenía la convicción de tener resuelto y a la vista, lo que le había costado casi una vida de entrega y sacrificio.

Pero además había otro apunte medio en clave, pero fácilmente comprensible para un hombre del talento de Lester.

El apunte — una especie de anagrama — venía a decir.

Nos llevamos su coche. Lo encontrará a
la puerta del Hospital.

Y efectivamente, el automóvil del profesor salió del garage cuando la policía se había dispersado de la zona en busca de los fugitivos.

Wardo condujo por caminos vecinales y carreteras secundarias, hasta que la aguja de la esencia indicó que estaba llegando al final.

—Utilizaré el «controller». Si todavía funciona no tendremos necesidad de detenernos. Así no podrán seguirnos la pista.

—¿Qué pasará si nos cogen, Wardo? Siento un poco de miedo.

—No nos cogerán, Roya. Saldremos de aquí. —Detuvo el coche e hizo unas manipulaciones colocando el «controller» a modo de batería. Luego probó:

—Eso funciona — dijo.

—Ayer te decía que no me gustaba esto. Tú mismo fuiste testigo. Nos atacaron. Eso ocurre todas las noches. En los periódicos se leen atentados, crímenes. En otros lugares la gente se mata en guerras sangrientas.

Y como una lejana visión fruto de un sentido no desarrollado por los terrícolas, vislumbró con el pensamiento la muerte de seres

humanos, víctimas de la contaminación.

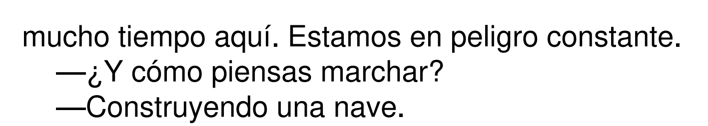
Millares y millares de peces flotando en aguas oceánicas muertas por la misma causa.

Animales comestibles que morían también víctimas de una naturaleza que parecía descomponerse.

La proximidad de la ciudad aumentaba aquel extraño olor a un oxígeno irrespirable.

—Me ahogo aquí, Wardo y a ti te ocurrirá lo mismo.

—Nos marcharemos a otro habitáculo, Roya. Este es mi plan. Me gustaría poder ayudar a ese buen profesor. Porque no hay duda de que es un ser humano que lucha por los demás. Eso indica que también hay buena gente, pero no podemos permanecer


mucho tiempo aquí. Estamos en peligro constante.

—¿Y cómo piensas marchar?

—Construyendo una nave.

—¿Cómo lo vas a conseguir?

—Trabajando... Recuerdas tu antiguo oficio. Los laminados.

—Sí.

—Necesito material y tú me lo proporcionarás. Es decir, lo conseguiremos ambos. Primero de todo necesitamos vivir como unos ciudadanos cualesquiera. Hay otras ciudades... He aprendido muchas cosas en estos tres días. Mentalmente recuerdo los lugares donde existen la clase de fábricas que nos interesan. Necesitaremos un taller y conseguiremos lo que nos haga falta.

—Pero aquí para trabajar necesitaremos papeles.

—Los conseguiremos. De momento hay que encontrar el lugar ideal para vivir con lugar suficiente para construir el bólido. Hay una zona al norte bastante despoblada. La gente prefiere las grandes concentraciones. Hay más de una antigua fábrica abandonada. Verás cómo conseguimos nuestro propósito. No hay que perder la fe...

—Estamos condenados a vivir como terrícolas, Wardo. Es la sentencia.

—No será por mucho tiempo. Porque hay algo que jamás nos puede fallar. Nuestros sentidos, nuestra inteligencia, o por lo menos la forma de hacer las cosas. Aquí tenemos casi de todo. Existen pilas atómicas. Ellos no saben usarlas debidamente, pero nosotros sí...

—¿Piensas volver a Venur?

—¡Oh, no! Hay centenares de habitáculos en la galaxia. Sé que encontraremos uno... aunque sólo sea para los dos...

*
*
*

La policía había intensificado su búsqueda dando la descripción de la pareja buscada. Retratos robots aparecieron en periódicos y televisión.

Por Byron, el despechado domador habían conseguido dibujar muy aproximadamente a Roya. A Wardo por haberle visto les fue más fácil conseguir un perfil más similar.

Pero cuando los periódicos estaban en la calle, Wardo había encontrado ya lo que buscaba. Era el antiguo pabellón de una fábrica abandonada al norte

de la región.

A pocos kilómetros existía una fábrica de laminados, y en la misma zona había un polígono nuclear.

El pabellón, lo suficientemente grande y con un buen campo vallado y protegido para experimentos era el lugar ideal.

—Procura adecentar esto. Yo voy a buscar algo que va a sernos

muy necesario. Hemos
de parecer auténticamente terrícolas. — Y sonrió animosamente.

Con el mismo automóvil llegó a la pequeña ciudad. Al apearse vio en un puesto de periódicos su retrato robot junto al de Roya Eso le hizo desistir de seguir a pie. Se metió de nuevo en el automóvil y contrariado, buscó otro lugar.

En la carretera la policía había establecido un control, por lo que antes de llegar tuvo que dar la vuelta al coche e internarse por un camino vecinal.

Desembocó en otra carretera y poco después se encontró en la zona residencial de otro distrito.

Al detener el coche vio pasar a alguien con un periódico en el bolsillo. Su retrato sobresalía.

Lanzó un suspiro. Era como hallarse acorralado, con tanta fotografía todo el país podía reconocerle.

Maniobró de nuevo y tuvo que detenerse detrás de la furgoneta con el anuncio de una fábrica de confección.

Un empleado salió para sacar por la parte trasera unos trajes que posteriormente entró en una tienda.

Aquello le dio la idea.

*

* * Al atardecer

regresó con el coche

cargado.

—¿Qué traes aquí? — preguntó Roya que hasta aquel momento había vestido de gris al igual que él, sólo que sus ropas eran más livianas y casi transparentes, mostrando las bien formadas líneas de su femenino cuerpo.

Wardo extendió sobre la mesa lo que había conseguido.

—Ropa. Para ti y para mi... Y esas pelucas... Y lentillas. Son para ponérselas en los ojos, así cambiarán de color. Las pelucas disimulan el rostro y mira esos vestidos, son como los que usan aquí.

—¿Cómo... lo has conseguido?

—La ropa de un repartidor. He dejado algún dinero dentro. No quiero que me acusen de ladrón. Luego en uno de esos comercios que venden de todo he adquirido el resto. Había mucha gente, creo que nadie se ha fijado en mí. De todos modos había que correr el riesgo. Vamos a probarnos esto...

*
*
*

Algo más tarde las dos personas del pabellón deshabitado ya no

se parecían en nada a los retratos robots.

Ahora vamos a dar una vuelta por la ciudad. Tendremos que hacernos fotos para los documentos. Hay máquinas automáticas. Luego devolveré el coche al profesor.

—Pero, ¿y los papeles? ¿Cómo los conseguirás?

—Hice amistad con cierta persona. Espero que pueda ayudarme.

*

*

*

El coche quedó aparcado frente al Hospital General. Luego en un transporte público — monorraíl — se dirigieron a un barrio modesto.

Wardo señaló la casa.

—Es aquí.

—¿Quién vive aquí?

—Una pelirroja muy guapa. Se llama Rossy. Seguramente tendremos que esperar. Estará todavía en su barraca del parque, cerca del circo.

La espera no fue muy larga y cuando llegó Rossy al principio pasó junto a ellos sin fijarse demasiado. Wardo sonrió:

—Lo ves. Ni siquiera Rossy me ha reconocido — dijo en voz alta y la pelirroja se volvió en redondo al reconocer la inconfundible voz del hombre.

—¡Wardo!

Roya con su auténtica cabellera recogida, llevaba ahora un peinado corto totalmente rubio que hacía juego con sus ojos azules, gracias a las lentillas.

Wardo llevaba un peinado sobre la frente y su pelo era de un color grisáceo. Cientos de hombres llevaban el mismo tipo de cabello cortado de idéntica forma. También sus ojos habían cambiado de color.

Todo ello junto con la vestimenta de moda de la época.

—No te hubiera reconocido... ¡Oh! Y apuesto a que ésta es Roya... Sois más populares que los políticos. Vamos, pasad, pasad.

Poco después en el coquetón apartamento de la pelirroja Wardo explicó lo que deseaba.

Rossy lanzó un bufido.

—No pides nada tú. Papeles...

—Aquí están nuestras fotos. Creo que habrá suficientes. —Y Wardo le entregó los retratos.

—Déjame que piense, conozco a un tipo que se dedicaba a esto... No sé si todavía... De todos modos pedirá bastante dinero.

—¿Como cuánto...? — inquirió Wardo.

—No lo sé, pero por supuesto más del que tienes, si es que te queda algo.

—Roya y yo podríamos hacer algo — murmuró Wardo.

—Demasiado arriesgado. Acabarían por descubriros... —Y de pronto preguntó —: Oye. ¿Es verdad que te cargaste a ese médico?

—No. No es verdad, Rossy. Es una falsa acusación.

—Por qué no te defiendes.

—Sería muy difícil que me creyeran. Un proceso, aún saliendo bien del todo, duraría demasiado tiempo. Roya y yo queremos irnos. Este no es nuestro sitio.

—¿Iros?

—A cualquier parte. No importa.

—Me dais envidia, ¿sabéis? Yo también me iría con vosotros. Este mundo cada vez me da más asco. Dinero, siempre dinero...
—Un momento. Quizá pueda conseguirlo. No te muevas de aquí, Roya. Procuraré volver lo más rápidamente posible.

CAPITULO XV

Uno de los lugares más a propósito para pasar inadvertido es el sitio donde más gente hay, un hospital por ejemplo, con las continuas entradas y salidas de gente. Los que lloran la pena de tener un enfermo grave, los sanitarios que van de un lado a otro agobiados por el trabajo, los camilleros que llevan a los pacientes al quirófano...

El profesor Lester seguía allí, Wardo lo pilló en su despacho y le expuso la situación.

—Oh, Wardo. Cuesta trabajo reconocerle... Me agrada que haya venido, pero no debe exponerse demasiado. Le buscan por todas partes...

Seguidamente añadió:

—Cuente con el dinero que le haga falta. Comprendo que quiera irse, pero necesitará tiempo. Construir una nave.

—Sólo usted conoce mis propósitos, profesor.

—No se preocupe por mí. Mi boca estará sellada. ¡Oh! Y debo agradecerle lo que hizo por mí. En realidad estoy en deuda con usted, Wardo.

—¿Por qué, profesor?

—Sus correcciones, las fórmulas. Todo es perfecto. Ahora sé que estoy en el buen camino para conseguir esas vacunas.

—Para mí no fue nada difícil profesor...

—Dígame dónde puedo entregarle el dinero. Será mejor que lo tenga en efectivo. Déme unas señas y mandaré a alguien con un sobre.

—No sé exactamente la cantidad que me cobrarán. De todos modos, pienso devolvérselo,

—Ni hablar de esto. No se preocupe. Para mí el dinero no es una preocupación. Y usted merece que le ayuden. Ojalá pudiera tenerle más tiempo conmigo.

—Procuraré verle cuando me sea posible, profesor. Tiene mi palabra.

Vencidas las aparentes dificultades, Rossy se encargó de buscar al individuo que «fabricara» unos documentos para la pareja, papeles que pareciesen auténticos. Nombres supuestos, fecha de nacimiento que concordase con la edad que más o menos representaban, profesión y cuantos otros requisitos eran preceptivos.

En un par de días ambos eran legítimos ciudadanos del planeta Tierra, de forma oficial. Wardo se presentó en la central nuclear.

El encargado en atenderle leyó:

—¿Un especialista, eh? ¿Por qué dejó su empleo?

—Simplemente busco un lugar donde me paguen mejor mis conocimientos. Necesito dinero para montar un hogar.

—¿Piensa contraer matrimonio?

—¿Matrimonio? ¡Oh, sí, por supuesto.

—¿En qué trabaja su futura esposa?

—Laminería y precisión. Es una experta.

—No abundan las mujeres especialistas en esta rama —dijo el hombre—. Y en cuanto a usted tendrá que efectuar una serie de pruebas. ¿Tiene algún inconveniente?

—No, por supuesto.

Las pruebas a que sometieron a Wardo, para un hombre de su talento eran como el

abecé.

No solamente sacó las pruebas sino que rectificó errores y mencionó sistemas para dar una mayor consistencia en determinadas operaciones de laboratorio.

Habló de los sistemas de alto vacío con perfecto conocimiento y mostró su tesis sobre la solidificación del aire. Desechó de lleno algunos procedimientos abogando por el láser.

Uno de los técnicos discutió sobre el asunto.

—El láser resultaría altamente peligroso, querido colega. Destruye las células. Lo hemos probado.

—Si me permite, yo le puedo demostrar que una vez conseguido el alto vacío, el láser es el más efectivo de los procedimientos de que ustedes disponen.

—¿Es que conoce procedimientos mejores?

—Por supuesto...

Al cabo de una semana de valor, el director adjunto de personal quiso conocer por sí mismo a la nueva adquisición.

—Me han dado excelentes referencias de usted. Resulta extraño que un hombre de su valía no supiera ser apreciado en su antiguo empleo.

Wardo se limitó a sonreír.

A las dos semanas, el venursiano tenía a su cargo toda una sección y sus perfectos conocimientos nucleares se comentaban con admiración.

El nuevo sistema de esterilización ideado por él permitía un trabajo más rápido, cómodo y eficaz, pero para Wardo la auténtica tarea a la que se entregaba con ahínco llegaba a la hora del cese del trabajo.

En el pabellón había dado ya los primeros pasos para la construcción de la nave.

El diseño estaba ya listo y poco a poco construía el chasis donde debían de encajar las piezas y las distintas conexiones.

Roya le proporcionaba las láminas especialmente fabricadas para la nave.

Hablando de ella

la muchacha explicó.

—Cuando se han dado cuenta del procedimiento ya están hablando de adoptarlo. Hasta me han subido el sueldo. Dicen que jamás habían encontrado a una especialista como yo.

—Y dicen verdad. Utilizan sistemas anticuados aunque para ellos resulten el último invento.

—Lo malo es que me van a pasar a la sección de laboratorio para que examine unas fórmulas.

—Pero necesitamos más láminas.

—Espero que el jefe me las conceda.

—Que no sospechen lo que estamos haciendo.

—Diré que quiero decorar mi casa de un modo original — repuso ella.

—Si lo cree no es mala idea.

—¿Sabes? Yo jamás había mentido.

—Mira, Roya, no te preocupes por eso. Uno tiene que aclimatarse al sistema del lugar donde vive.

—Creo que nunca me aclimataría.

—Por eso me doy prisa en terminar ese chisme cuanto antes, pero aún falta bastante y

luego habrá que probarlo. No sabemos cuánto durará nuestro viaje, y estos materiales no son precisamente como los de Venur. Esto me preocupa. No querría que sufriésemos ningún percance...

Pasaron los días y todo parecía ir bien.

La confección de la nave avanzaba casi con mayor rapidez que la prevista.

Pero lo malo es que también avanzaba la fama de Wardo como técnico y ahora era ya el director general quien le invitó a una fiesta en la residencia del presidente de la factoría.

Wardo buscó toda clase de excusas para no asistir, pero al fin tuvo que acceder.

La fiesta era por todo lo alto. Las más elevadas personalidades del mundo de la política estarían allí, mezclados con los magnates de la industria y del combustible, tampoco faltarían los altos cargos policiales de la nación y la prensa...

Wardo iba a ser prácticamente la estrella.

CAPITULO XVI

Y llegó el día.

Wardo trabajó hasta el último momento.

—Tienes que ir. No puedes llegar tarde — recomendó Roya.

—Un par de horas más y ya estaría listo para la prueba — repuso él.

Efectivamente, resguardado por un tejado de láminas, el bólido biplaza parecía realmente terminado y a punto de funcionar, pero Wardo sabía que aún faltaban algunos retoques.

—Mientras esté ausente comprueba la pila y los autocontroles. No toques la palanca para nada. Ponlo a la máxima revolución y comprueba el frenado. Es lo más importante. Si me queda tiempo cuando regrese continuaré con ello.

—Trabajas demasiado, Wardo.

—Mañana es día de fiesta. Ya encontraré un hueco para descansar. Y arreglóse rápidamente para asistir a la inevitable fiesta.

El parque que rodeaba la inmensa mansión del todopoderoso presidente estaba lleno de automóviles a cual más lujoso.

Había llegado ya mucha gente y se esperaba todavía más.

Wardo llegó en el auto del director general que fue el encargado de introducirle en la casa.

Y empezaron los primeros *flashes* de los fotógrafos.

El presidente quiso un retrato dando la mano al técnico número uno de su fábrica. Después empezaron las presentaciones.

De entre la gente asistente a la fiesta de gala, Wardo descubrió al jefe de policía que había acompañado a Brotan a casa del profesor Lester, intentó soslayar el encuentro, pero el director general le llamó para presentarle.

—El jefe Brody — y señalando a Wardo le presentó con el nombre de Garland que era el que figuraba en sus falsos papeles.

Brody se quedó mirando fijamente a Wardo que mantuvo firme y serena su mirada.

—Es un honor para mí estrechar la mano de un sabio — acabó el policía.

—El honor es mío, señor. Yo cumplo con mi deber haciendo lo que sé.

—Todos cumplimos con nuestro deber por el que hemos sido llamados. —Brody no dejaba de observar a Wardo de una manera especial.

—¿Nos conocemos de algo, señor? —inquirió Wardo dando el primer paso para pulsar la situación.

—Es lo que me estaba preguntando yo. Difícilmente se me olvida un rostro, pero decididamente en esta ocasión mi memoria falla lamentablemente. No. No creo que nos hayamos visto.

Más allá se encontraba la última persona que hubiese querido ver en la fiesta: Brotan. El político con ambiciones de llegar a lo más alto.

También fue presentado a él, aunque Brotan menos observador no dio la sensación de reconocerle.

No obstante y durante el transcurso de la fiesta en la cual los

fotógrafos seguían

sacando instantáneas Wardo observó como Brody y Brotan hablaban algunas veces a solas y tuvo la impresión de que estaban comentando algo de él.

Uno de los últimos invitados que llegó excusándose fue el profesor Lester.

Cuando le fue presentado ambos fingieron no conocerse, pero buscaron la ocasión de hablar a solas, cuando el baile, faceta imprescindible de la fiesta estaba más animado.

Los dos hombres salieron a conversar en el jardín.

—Siento no haberle podido visitar, profesor. De todos modo§ pensaba hacerlo uno de estos días. El bólido está casi terminado...

—¿De veras?

—Sí, profesor. Ahora sólo falta que funcione como yo deseo.

—Le deseo suerte, de todo corazón. Lamentaré no haber podido tener más contactos con usted, Wardo.

—Tengo algo para darle. Si hubiera sabido que venía usted a la fiesta se lo hubiese traído.

—No me gustan las fiestas. Me divierto más trabajando, pero a veces surgen compromisos que no se pueden soslayar La verdad es que estoy a disgusto. Mis relaciones con Brotan sabe usted que no son buenas. Tampoco el jefe Brody me mira con buenos ojos. No. No estoy cómodo, pero hay otras personas a las que me debo...

—Cuidado, profesor, viene alguien —advirtió Wardo.

En efecto Brody apareció de entre el follaje de aquella parte del jardín.

—¿Se conocían ustedes?

—No —mintió Lester—. Nos han presentado aquí, pero usted sabe cuánto me gusta cambiar impresiones con científicos, aunque el amigo Garland no sea médico contribuye a la ciencia. La terapia nuclear es ya una realidad que él ha cuidado de perfeccionar.

—Eso dicen —replicó Brody— pero sigan, sigan ha blando. Los tecnicismos entre profesores no son mi fuerte...

La fiesta se prolongó. Lester excusó su marcha alegando que al día siguiente tenía que acudir al hospital. Antes de irse, Wardo pudo recordarle.

—Mañana pasaré por su casa. Le dejaré unas notas. Quizá puedan serle útiles.

Otras personas comenzaron también a desfilar. El director general lo hizo acompañado de Wardo cuando quedaba ya poca gente en la casa.

Cuando llegaron a la casa del venursiano, el director comentó:

—Lo que no comprendo es por qué ha elegido este lugar para vivir.

—Me gusta la soledad. Además es una casa grande y aislada,

ideal para mis experimentos.

—Usted siempre piensa en el trabajo.

—No lo sabe usted bien, señor.

—Bien. Ha sido una fiesta magnífica. Y ha causado usted una gran impresión.

—Gracias, señor.

Cuando por fin se vio libre de cumplidos, Wardo entró lanzando un suspiro de alivio y despojándose de sus ropas que se le antojaban archi-incómodas.

—Todo esto está prácticamente listo, querido — le anunció Roya que se había pasado la noche haciendo comprobaciones.

—Bien, ahora iré a descansar. Mañana he prometido ir a ver al profesor para dejarle

los apuntes.

—Algo nos deberá el planeta Tierra cuando por fin estemos lejos de él.

Aquella noche sucedió algo extraño, durante una hora aproximadamente las ciudades quedaron a oscuras y en muchos lugares se escuchó un zumbido singular.

Ni Roya ni Wardo se enteraron de nada. Estaban cansados y durmieron profundamente.

Quien no durmió fue el jefe Brody que hizo llamar al detective Tipps y con ellos se hallaba Brotan.

Tenían ante la mesa el retrato robot de Wardo y algunas de las fotografías que los reporteros habían sacado aquella noche. Brody las pidió con urgencia y naturalmente como jefe superior de policía las obtuvo tan pronto como éstas fueron reveladas.

—Puede que se trate sólo de una presunción, pero tengo buen olfato y difícilmente se me borra un rostro. ¿Qué opina de esto, Tipps?

Ambos comprobaron la foto robot con las instantáneas del nuevo Wardo

—El pelo puede ser una simple peluca. Observe el negativo. No hay duda de que usa lentillas. Claro que eso no sería una prueba, pero vea la forma del rostro...

—siguió Brody.

Brotan puso una mano sobre el pelo de Wardo en una de las fotos que constituía casi un primer plano. Luego Tipps hizo lo propio con el retrato robot.

—Ahora quitemos el bigote —dijo Brody y ayudado de una pasta difuminó el bigote que el venursiano se había dejado crecer.

El parecido había aumentado considerablemente. Posteriormente la atención de todos estaba fija en los ojos.

—Idénticos —exclamó Pitts.

—Y la mandíbula. Todo concuerda. Brotan

exclamó:
—¡Es él! El asesino de mi hermano.
—Bueno, Brotan, no haga juicios, aun suponiendo que se trate del mismo hombre no está probado que sea un asesino. Lester le defiende.
—Lester es un chiflado — apostrofó Brotan.
—De todos modos hay que ir con pies de plomo. Ese hombre sea Wardo o quien sea se ha convertido en un personaje muy popular. Famoso diría yo. Hay que andar con pies de plomo. ¿De acuerdo?
Fue entonces cuando la luz osciló para acabar todo a oscuras.
—¿Qué diablos ocurre? — espetó el jefe Brody.
Se llamaron a las distintas fábricas y nadie podía explicarse el fenómeno... De la base de información costera se recibió el mensaje:
—Zumbido no localizado. El radar se ha detenido y las emisoras de onda corta sufren constantes interferencias no localizadas. Sí. Algo estaba ocurriendo.

CAPITULO
XVII

El domingo amaneció bajo un sol radiante, pero poco a poco el cielo se fue nublando para a media mañana adquirir el firmamento un tono gris plomizo.

Por segunda vez los servicios de información de la base costera anunciaron anomalías en el radar.

Wardo cumpliendo su promesa se dirigía solo a casa de Lester y por la radio pudo escuchar las noticias. Un locutor comentaba:

«Por el momento no existe explicación del extraño fenómeno que empezó de madrugada cuando la ciudad entera quedó a oscuras. Según noticias de agencias, igual fenómeno ocurrió en todo el orbe y en distintos puestos de observación los radares acusaron extrañas vibraciones perdiendo todo control. Asimismo, la totalidad de emisoras de onda corta sufrieron extrañas interferencias.

»Se están estudiando las posibles causas de este fenómeno.»

Wardo miró hacia el cielo y quedó unos instantes pensativo mientras guiaba el automóvil hasta la casa del profesor.

Cuando llegó a su destino, creyó percibir el zumbido que la noche anterior habían tratado de localizar los controles de las diferentes bases.

—Humm — murmuró — esto parece...

Sacó su «controller» que manipuló unos momentos.

—Empieza a perder eficacia — murmuró al notar las anomalías que jamás había tenido. No obstante captó una onda. Cerró rápidamente y cruzó el jardín de la casa de Lester.

Poco después se hallaba en presencia del profesor.

—No puedo entretenerme mucho, profesor... Por cierto, ¿ha oído lo que sucede?

—Sí. Mi esposa lo ha comentado esta mañana a la hora del desayuno. Extraño fenómeno. ¿No? Sabe usted algo.

—Por supuesto la anomalía no procede de la Tierra.

—¿Tiene algo que ver su planeta?

—La onda que acabo de captar no procede de Venur.

—Entonces... Creo que algún objeto puede acercarse a la Tierra.

—Pudiera ser. Este es un planeta muy observado. Nosotros no necesitamos de la observación cercana, pero cada habitáculo tiene sus medios.

—¿Y por qué cree que somos observados, Wardo?

—Por el peligro que pueda representar para otros habitáculos. Se maneja la química de un modo temerario, no se toman

precauciones. La gente de otros lugares tienen que velar por su destino. Si los habitantes de Tierra quieren autodestruirse allá ellos, pero si su destrucción puede producir trastornos en otros planetas es necesario protegerse, por ese motivo es objeto de observación...

—Sí. La verdad es que nos estamos autodestruyéndonos por egoísmo. Un día surgirá la hecatombe cuando ya será demasiado tarde, y todos habremos contribuido.

—Profesor... Es la última vez que nos vemos. Lea eso — le indicó el libro que Lester comenzó a ojear entusiasmado—. Espero que le sea útil. Ahora debo irme.

—¿Cuándo... cuándo parten ustedes?

—No lo sé. Lo más pronto posible.

—Le echarán de menos.

—Ahora ya pueden utilizar los procedimientos que les he descubierto. Si he podido construir mi nave gracias a ellos yo también he pagado con mis conocimientos. Creo que estamos en paz.

Un fuerte apretón de manos fue la despedida. Luego Wardo al regresar al coche volvió a percibir aquel zumbido ultrasónico.

Por la radio se transmitía un nuevo mensaje:

«El último parte meteorológico considera normal el estado atmosférico. Por su parte de las bases de detección, hablan de ruidos incontrolados. Algo está sucediendo sin que nadie pueda dar explicaciones concretas. Ultima nota de gobernación. Se pide que la gente no se intranquilice por un fenómeno que puede obedecer a causas absolutamente normales. No obstante, dado a lo inestable del día es preferible que la gente se quede en casa. Seguiremos dando información. Entretanto escuchen música.»

Wardo pisó el acelerador.

A su regreso le aguardaba una sorpresa nada agradable.

*
*
*

Roya salió al patio a recibirle, pero Wardo comprobó en seguida que no se hallaba sola.

De todos los rincones surgieron hombres armados, policía que apuntaba a los dos. El jefe Brody salió junto al detective Tipps. El primero fue quien habló:

—Le aconsejo que no haga tonterías, Wardo. Sabemos quién es. Puede quitarse su disfraz y las lentillas.

Miró a Roya, sin la peluca y sin las lentillas. Era inútil simular. Tipps añadió por su cuenta:

—Pesa sobre usted una acusación de asesinato de la que deberá responder. Queda detenido en nombre la ley.

Dos policías avanzaron. También Wardo dio un paso adelante:

—Escuchen.

—¡Quieto, Wardo! Sea quien sea usted, dispararemos — advirtió Tipps —. Sí. Usted tiene poder para auto- expulsarse las balas, pero no es invulnerable. Esta vez no sería sólo bala, y su compañera

caería también como cómplice.

—Déjenla en paz a ella. Nada tiene que ver en todo este asunto, del que niego mi culpabilidad.

Roya se aproximó hasta abrazarse a Wardo.

—Iré donde te lleven, cariño. No pueden hacernos nada No hemos cometido ningún delito. — Y encarándose a los agentes les gritó—: Nadie hizo tanto por ese planeta como ha hecho él. Ayer le agasajaban ensalzando sus medios. Hoy en el laboratorio nuclear disfrutan de una técnica avanzada como jamás hubieran podido soñar. El profesor Lester posee fórmulas que revolucionarán su anticuada terapia... ¿Qué pueden reprocharle?

Tipps avanzó conciliador:

—Somos los primeros en lamentar esta situación. Pero existe una

denuncia. Y la ley

tiene que estar por encima de todo. Si Wardo es inocente nada tiene que temer...

—¿Es que no lo comprenden? No queremos vivir aquí. No estamos en nuestro ambiente. Lo tenemos todo a punto para salir.

Brody intervino:

—Ya he visto el artefacto que tienen. No hay duda de que son seres inteligentes, pero eso no les permitirá escapar. Andando.

Cuatro agentes les rodeaban con las armas apuntándoles. Nada podían hacer.

CAPITULO XVIII

La radio de unos de los coches policiales anunció en aquel instante lo que se dio en llamar la invasión.

«Objetos no identificados nos están atacando con rayos. La Zona Oeste del país ha sido víctima de las primeras descargas. Todas las bases que permanecían en estado de alerta han lanzado sus efectivos al ataque.

»Los primeros misiles teledirigidos buscan al enemigo que ataca en la lejanía, desde el aire.

»Se ordena a la población civil que acuda a los subterráneos y no salga de ellos hasta que pase el peligro. Mantendremos constantemente el contacto.»

Todo había cambiado en un momento. Brody corrió hacia el coche:

—Tengo que ir a mi puesto a dar órdenes. Usted, Tipps, encárguese de los prisioneros. ¡Sargento! Acompáñeme. Los demás métanse dentro del pabellón.

Un zumbido intermitente anunció la proximidad de uno de los objetos atacantes. Wardo con su «controller» en la mano anunció:

—¡Están sobre nosotros! Se disponen a atacar. —Se lanzó al suele arrastrando con él a Roya.

Algo relampagueó muy cerca y una sorda explosión anunció que el impacto había dado cerca.

Tipps a gatas salió del recinto y exclamó:

—¡Dios mío! El coche de Brody.

—Vuelva aquí y métase en el pabellón. ¡De prisa! —exclamó Wardo. Brotan que también se hallaba entre los presentes amenazó:

—Usted lo que pretende es huir, ¿verdad? Si lo intenta yo mismo dispararé.

—¡Calma, Brotan! — pidió Tipps —. El sabe más de esas cosas.

¿Verdad, Wardo?
¿Quiénes son los que nos atacan? ¿Los suyos?

—No diga tonterías, Tipps. Venur está demasiado lejos. La Tierra no es un peligro para nosotros.

Otro zumbido cercano y la subsiguiente explosión.

—¡La fábrica! — gritó alguien.

Sí. Una fábrica cercana ardía por los cuatro costados. El calor de las llamas enrarecía el ambiente.

—Sólo hay un lugar seguro — dijo Wardo —, pero no hay sitio para todos — y señaló la nave.

—¡No se mueva! — espetó Brotan encolerizado.

—Escuche, Brotan —exclamó Wardo desde el suelo—. Aún puedo hacer algo por ustedes, pero tengo que llegar al bólido. ¿Comprende? Dispongo de defensas mejores que las de ustedes.

—¡No, Wardo! Se lo prohíbo.

Otro zumbido y aquella vez el estallido fue tan cerca que parte del pabellón se tambaleó, arruinando una zona de la techumbre.

—Déjele ir, Brotan, antes de que nos achicharren.
—Lo que pretende es escapar. Está bien claro.
—Lo único que quiere es que nos salvemos — intervino Roya. Y otro zumbido.
Ahora el pabellón se desplomó por la onda expansiva. A lo lejos surgían nuevas llamaradas.
Wardo calculaba mentalmente la distancia del ataque.
—En un momento puedo hacer huir unos cuantos. Sus misiles son demasiado lentos para alcanzarles. Se mueven de prisa. Y usan rayos de larga distancia — explicó Wardo. Tipps fuera de sí exclamó:
—Soy yo el que da órdenes aquí. Vaya a su bólido, Wardo, y saque a esa gente de nuestras cabezas.
Por un momento Brotan pareció que iba a oponerse, pero optó por decir:
—Está bien. Pero ella se quedará aquí. Así tendrá que volver si quiere verla con vida. Wardo vaciló, pero al fin decidió correr hasta el bólido.
—Faltaba la última prueba. No sé cómo funcionará, pero lo intentaré. Métanse entre las ruinas. Que no les vean. — Y Wardo desapareció dentro del bólido.
Los zumbidos se prolongaban y los rayos surgían en el lugar menos esperado.
Wardo puso en orden los contactos, hizo las comprobaciones necesarias y por fin pulsó la palanca.
Por un instante el bólido permaneció estático. Acaso aún no estaba del todo ultimado. Wardo quitó el último retén o freno y la nave sufrió una fuerte sacudida para salir impulsada al aire a una velocidad tal que quienes eran testigos de la escena pronto lo perdieron de vista.
—Increíble — murmuró Tipss.
—¿Qué creían ustedes, que Wardo era un aprendiz? —masculló. Roya con desdén.
Ya lejos del alcance de la visibilidad humana, Wardo hizo unas comprobaciones en las coordenadas de su radar especial y en seguida encontró lo que quería.
En seguida se puso en contacto con la base central del planeta Tierra:
—Atención. Mensaje a todas las bases. Transmitan orden inmediata. Concentren sus misiles en el punto 3-2-3/X... ¿Lo han oído? Les hablo desde el espacio. He localizado el punto de ataque de los bólidos. Sólo son tres. Voy hacia ellos. Disparen al lugar

indicado
3-2-3/X.

Una voz replicó:

—¿Quién demonios habla? Identifíquese.

—Mi nombre es Wardo. Si quieren sobrevivir hagan lo que les digo lo más rápidamente posible. Si alguien no me cree que comunique con el profesor Lester, pero no malgasten ni un segundo de su tiempo.

Desde aquella altura podía divisar a través de una pantalla la procedencia de los rayos. Sabía perfectamente la trayectoria que seguían las naves.

Cambió el control y utilizando un lenguaje que los terrícolas no hubieran podido comprender se dirigió a la nave capitana de las atacantes:

—Habla Wardo de Venur — se identificó—. ¿Cuál es el motivo del ataque?

—¿Qué hace un venursiano en ese planeta?

—Eso no importa ahora. Estoy con ellos y quiero una respuesta. Tras un silencio el atacante replicó:

—Es una incursión de aviso. Nada más.

—Una incursión que ha costado vidas humanas inocentes. No es propio de un planeta civilizado. ¿De dónde procedéis?

—De Carver y no recibimos órdenes de nadie.

—Habéis matado a seres inocentes y se os pagará con la misma moneda.

—No tenemos nada contra Venur.

—Eso ya lo sé yo. Pero si seguís atacando pereceréis. El que contestaba a Wardo rió de buena gana:

—No pueden dirigir sus misiles hasta nosotros. Estamos a demasiada distancia para que puedan vemos.

Wardo confiaba que en Tierra no se demorasen ya más.

Antes de dar una rápida vuelta sentenció:

—Os he advertido. Ateneos a las consecuencias.

El comandante de la base había hecho una rápida comprobación. Lester era un profesor sobradamente conocido y al recibir la urgente llamada replicó sin dilación :

—Hagan caso a ese hombre. Es el único que puede salvarnos.

Los misiles de todas las bases actuaron conjuntamente. A una orden surgieron de los más remotos lugares ráfagas de rayos dirigidos al punto que Wardo había indicado.

Las tres naves de Carver, confiadas en pasar inadvertidas comprendieron el peligro cuando ya era demasiado tarde.

¡Los misiles!

Viraron con rapidez, pero la profusión del fuego procedente del planeta Tierra taponaba todos los huecos. Wardo habla calculado bien el lugar de ataque.

La primera nave se desintegró en el aire al ser alcanzada.

La segunda quiso ofrecer resistencia lanzando nuevos rayos, pero acabó siendo tocada para difuminarse tras un ruidoso estallido.

La tercera trató de huir creyendo haber hallado el hueco, pero por allí también llegaba la réplica de la tierra, y acabó como sus dos predecesores.

La repentina e inesperada lucha había terminado y el bólido de Wardo regresaba a la Tierra.

Los gritos de júbilo por aquella victoria contrastaban con el llanto de dolor por quienes habían visto caer a los suyos en el estúpido y

traidor ataque.

En la mente de todos una sola idea:

Aquello había sido un aviso, pero podría volver a ocurrir y no tendrían la suerte de contar con un cerebro privilegiado como el del venursiano Wardo...

*
*
*

Y Wardo estaba de nuevo en tierra avanzando por entre los escombros.

En pie dos agentes maltrechos y Roya que fue corriendo hacia el recién llegado para

estrecharlo entre sus brazos y a la vez sentirse abrazada por él.

Más allá Tipps sin ninguna clase de arma en la mano.

Wardo observó la situación y vio por fin tres cadáveres en el suelo. Dos de ellos eran agentes, el tercero con el cuerpo medio quemado se trataba de Brotan.

El silencio se prolongó hasta que Tipps rompió el hielo.

—Le felicito, Wardo. Ha hecho un buen trabajo.

—Hice lo que pude. Lamento que haya ocurrido esto.

—Bien... Creo que no hay más que hablar. Ha llegado el momento de regresar. Avanzó hacia él y añadió:

—No creo que nadie reclame ya nada contra usted. De todos modos que tenga usted un buen viaje donde quiera que vaya... Si alguna vez decide regresar...—No concluyó la frase.

—Tipps — llamó Wardo —. Hágame un favor. ¿Quiere? A esa chica, se llama Rossy.

—La conozco.

—Dele las gracias por todo lo que hizo por mí. Del profesor ya me he despedido personalmente.

—Será complacido, Wardo.

Y acompañado de los dos únicos agentes vivos Tipps abandonó el lugar, mientras Wardo y Roya se dirigían a la nave.

—¿Todo bien? — inquirió ella.

—Sí, querida. La nave funciona. No tiene la técnica de un bólido venursiano, pero creo que no tendremos problemas.

Poco después ambos se hallaban a bordo de la biplaza.

—¿Preparada? — inquirió él.

—Cuando tú quieras.

Un largo y prolongado silbido que se perdió en el espacio anunció la definitiva marcha de Wardo y Roya del planeta Tierra.

Habían salido ya de la zona de confluencia del habitáculo. Ahora el planeta era ya una bola insignificante en la lejanía. Una estrella entre los millones de la galaxia.

¡Qué distinto era todo desde el limpio y azul espacio.

—¿Qué rumbo llevamos?

—¡Qué mas da!

Entrelazados siguieron en silencio, pensando en los cientos de lugares de la galaxia, desconocidos por el hombre. Auténticos paraísos vírgenes aún.

—Alguno encontraremos Roya —dijo él—. Un paraíso para los dos... Sí. Lo encontrarían. No

importaba dónde ni cuándo. Lo encontrarían.

F
I
N